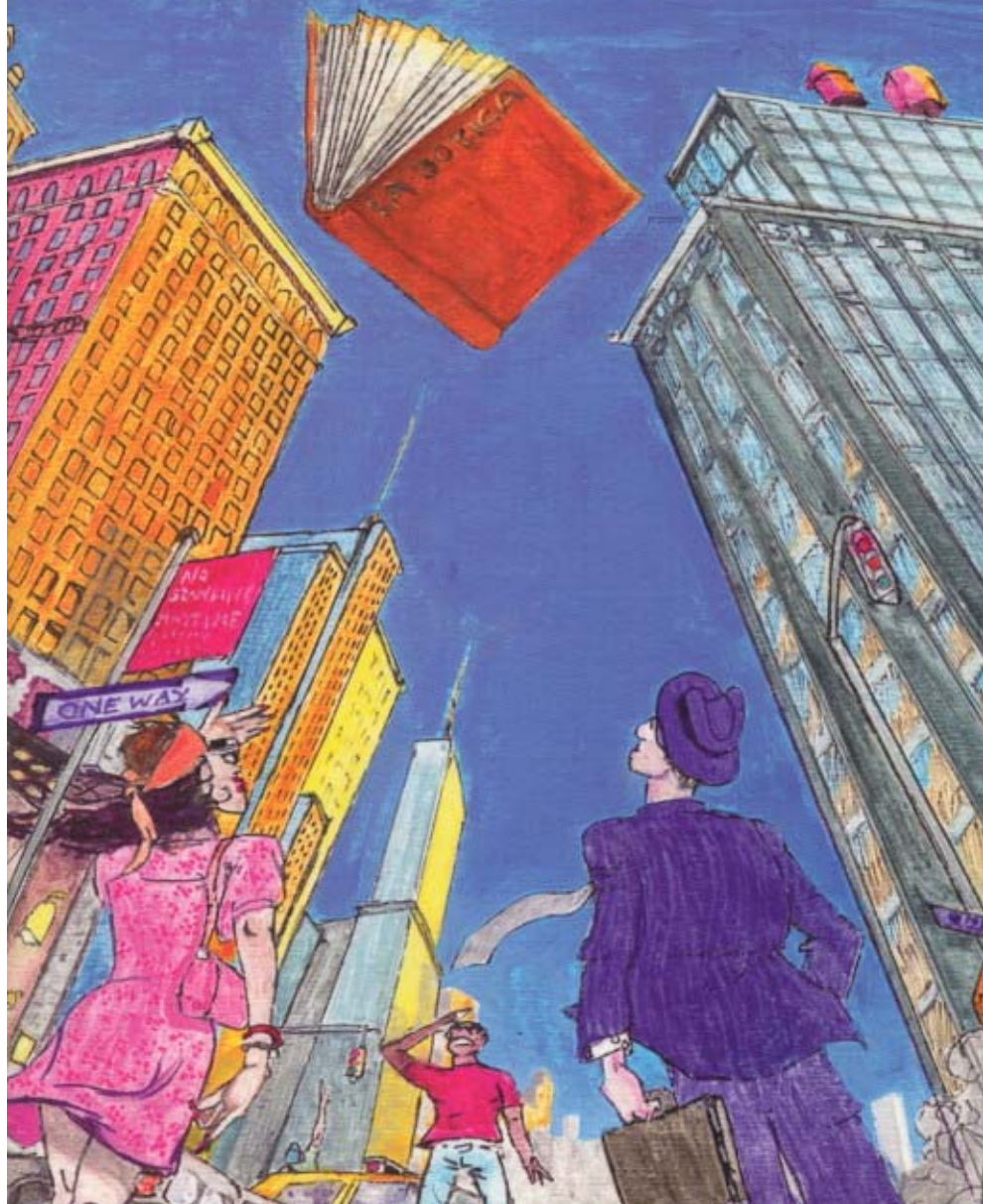




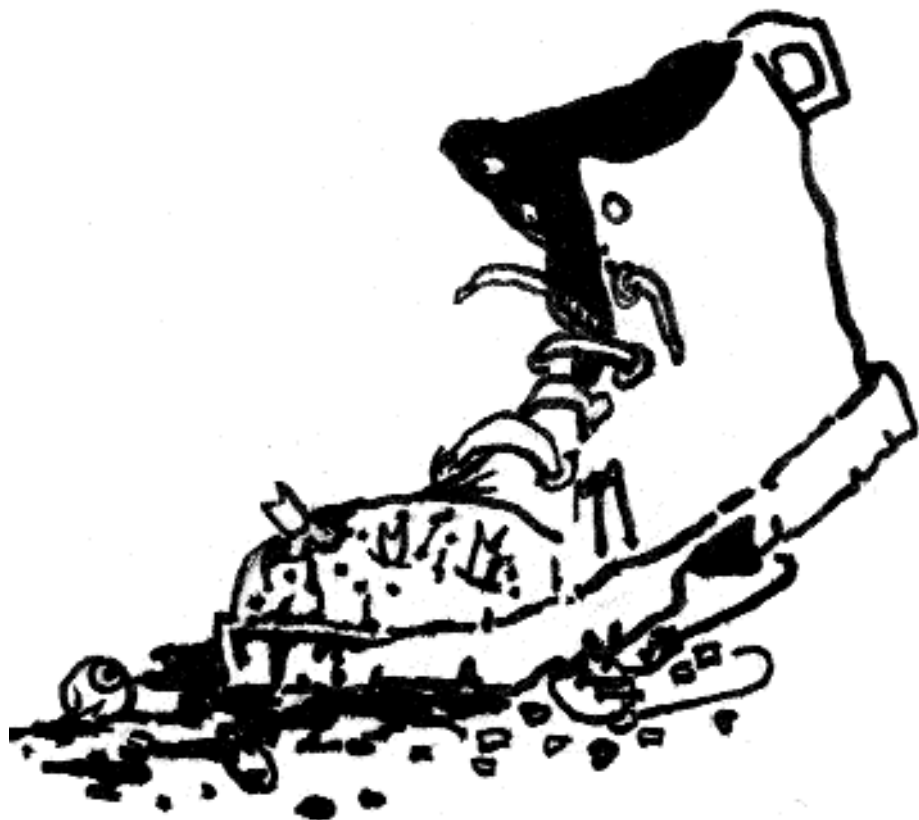
LA BOTICA

Revista Literaria / Literatur Aldizkaria
Nº 3 Vitoria-Gasteiz, febrero 2002. Ejemplar gratuito





*" To protect
and to serve..."*



CREADORES E ÍNDICE

<i>Portada “La Botica” y diseño bota interior.....</i>	<i>Iban Arroniz</i>
<i>Ilustraciones interiores (tuning).....</i>	<i>Iván López</i>
<i>Editorial.....</i>	<i>3</i>
<i>Adolfo Marchena.....</i>	<i>4</i>
<i>Flow.....</i>	<i>5</i>
<i>Javier Cifuentes.....</i>	<i>6</i>
<i>Nerea Gallastegi.....</i>	<i>9</i>
<i>Rafael Moriel.....</i>	<i>10</i>
<i>Koldo Mansoa Labari.....</i>	<i>15</i>
<i>Andrés Bezares.....</i>	<i>17</i>
<i>Naiara Ñíguez de Ciriano.....</i>	<i>20</i>
<i>Txiki Tostado.....</i>	<i>21</i>
<i>Iñaki Glez.-Oribel.....</i>	<i>24</i>
<i>Txus Iglesias.....</i>	<i>25</i>
<i>Ibon Díaz.....</i>	<i>26</i>
<i>Juan López de Ael.....</i>	<i>31</i>
<i>Javier Ortiz de Zárate.....</i>	<i>32</i>
<i>Inaxio Lopez de Arana.....</i>	<i>35</i>
<i>Luis García Angulo.....</i>	<i>38</i>
<i>Iñaki Arribas.....</i>	<i>39</i>
<i>Olga Jiménez.....</i>	<i>40</i>
<i>Luis Arturo Hernández.....</i>	<i>41</i>
<i>Alfredo Lope Echazarreta.....</i>	<i>42</i>
<i>Ignacio Fuentes.....</i>	<i>48</i>
<i>Antonio Polo González.....</i>	<i>49</i>
<i>Nuria Chicote.....</i>	<i>52</i>
<i>Cosme Sánchez.....</i>	<i>57</i>
<i>Jorge Girbau Bustos.....</i>	<i>59</i>
<i>Alternativas Literarias y ayudas a escritores.....</i>	<i>62</i>

“La Botica”, no se hace responsable de la devolución de los trabajos enviados. Siendo su extensión de 64 páginas, los textos recibidos son seleccionados por un comité de redacción.

Yo quisiera volar; hacia abajo entre la testarudez del acero y la efervescencia del cristal.

Bailar frente al estornudo anacrónico de los cuerpos del vaho de las ventanas;
viajar, como gota obtusa en pulso de veleidades;
fluir: ajardinado, carente, enfermo, mortal.

Bestia de otro mundo; sueño de otra realidad;
cada vez más impropio el linaje de los versos, más residual la mandíbula y el encaje
de la sed en mis zapatos.

Ahora leyendas de agenda y tangos de Sir-Mail.

Yo quiero volar, para caer;
entre las brumas de la histeria, la vejez de la niñez
y el retroproyector de erguidos cadáveres sobre las aceras.

JON URIARTE GÓMEZ



“La Botica”, revista literaria, son:

Dirección, redacción, composición y maquetación:

Jorge Girbau Bustos, Javier Ortiz de Zárate, Rafael Moriel.



Diseño e ilustración y tratamiento de imagen portada: Iban Arroniz.

Foto contraportada: Fernando Arroniz

Ilustraciones interiores: tuning, Iván López.

Enviad vuestras colaboraciones en texto y disquette, al **apartado de correos 511 de Vitoria-Gasteiz**, o bien por correo electrónico, pegando el texto al cuerpo del correo, sin adjuntar archivos adicionales. Números atrasados, pedir por correo.

e-mail: estoyenlabotica@yahoo.es

“La Botica”, revista literaria, Vitoria-Gasteiz, enero 2002.

Adoro el café y la tinta que se escurre por entre mis dedos.

El abismo incierto que me sacude los cabellos. La cárcel del destierro me regala indiferencia de los otros y la palabra pura. El verso en los barrotes de mi celda tiene mayor fuerza que la definición abstracta y muerta de los versos de célebres poetas. Todos son célebres porque se bautizan cada día. Yo me bebí el agua de la pila bautismal. Callaos.

En el silencio no muere la palabra. Sólo en la vanidad se construyen los falsos versos. Seguid escribiendo. Pero callad.

De nuevo pienso en ti,
de nuevo en la sentencia
a muerte de esta vida
que me reza una vez más
para antes y después
del alba. Acontecer extraño
que deambula mi cuerpo,
que me tiene y me cobija,
instante en que fluctúan
las heridas y nos sentamos
a la orilla de un mar lleno
de gente y de sombrillas.

Desde la amplia cristalera del bar se ve toda la zona peatonal ajardinada.

En las tardes de primavera como ésta, dan ganas de salir de la semipenumbra del local y ponerse a jugar con la horda de divertidos niños de la calle.

La luz exterior es graciosa, sorollesca, y alegra los corazones de los viandantes.

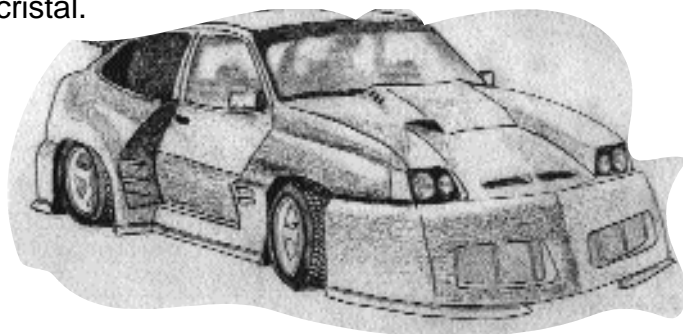
Y las minifaldas de las mocitas hacen pensar en la juventud, en el frescor y en el colorido de esta primavera.

Y, ¡fíjate! Qué majo aquel crío con un par de años, regordete como la inmensa pelota que apenas puede abarcar entre sus rechonchos bracitos. Se ríe, con esa risa de los bebés, con la boca muy abierta y los ojos muy cerrados.

Sí. Dan ganas de salir, respirar algo que no tenga ese olor a colilla rancia y a cerveza agriada.

Los jardines de enfrente están salpicados de margaritas y flores amarillas, y los árboles cumplen también su función de floración, enmarcando la belleza de todos esos niños que juegan, como en aquel legendario jardín del *"Gigante Egoísta"*.

¡Ah! Quién tuviera valor para dejar esta copa de fuerte olor etílico... escapar a ese mundo del que sólo me separa una puerta de cristal.



Me asomo a la ventana y veo una mañana triste nacida de la fina y constante lluvia. Es temprano, muy temprano. Observo un lujoso coche salir del garaje y estacionarse en medio de la acera, interrumpiendo el paso de los viandantes. En ese mismo momento, un peatón ciego avanza cautamente pegado al edificio. Al encontrarse con el vehículo lo rodea, tocándolo suavemente con su bastón, hasta llegar nuevamente a la pared del edificio que le sirve de guía en su desplazamiento. Veo que el dueño del coche no se inmuta cuando lo ve pasar, ni muestra contrariedad por la maniobra que acaba de realizar, y el ciego no se da cuenta de la sonrisa prepotente que esgrime en sus labios. Después el coche arranca envuelto en una nube de humo, fundiéndose con el gris de la mañana.

Mis recuerdos despiertan siempre en la cama de una pensión barata; mi cuerpo desnudo se encuentra acostado junto a un cuerpo femenino dormido, dándome la espalda. He poseído ese bello cuerpo de forma alocada, hasta el límite de la resistencia. Casi no la conozco pero hemos follado salvajemente, como a mí me gusta, como si fuéramos animales en celo. Todavía me excito pensando en cómo se movía ella encima de mí; en cómo se le subían y se le bajaban las tetas con cada nuevo embate. Y la cara que ponía cuando me corría... Ella quería más; y en seguida me excitaba nuevamente con suaves caricias, y ya estábamos follando otra vez; ella me abría sus piernas tumbada de espaldas, ofreciéndome su sexo, y yo entraba en su cuerpo, y salía, y entraba, y salía, y como siempre, nunca me quedaba. Nos despedíamos a la mañana, temprano, muy temprano. Nos alejábamos de la pensión despidiéndonos con un último beso, frío como un invierno, cada uno por caminos separados, por calles casi vacías, con charcos aquí y allá. Yo soy Juanito Kuesko y ella,

la que me daba la espalda en la cama, es Maite, es Edurne, es Ainhoa, es Estitxu, es Clara, es Zuriñe, es Lucía, es Inés, es Almudena, es..., es mil veces es.

Asomado al marco de la ventana, me escondo tras el vaho de los cristales. Veo a la gente correr bajo paraguas de colores buscando guarecerse del viento malicioso y juguetón, que levanta faldas sin pudor, seguidas de flexiones complacientes de cabeza. Los coches parecen jugar con sus limpia-parabrisas: ahora lento, ahora rápido, ahora más rápido, que pasa un camión y arrecia la lluvia.

Mis recuerdos continúan al amanecer, cuando finalmente llego a casa de mis padres. He bebido poco pero estoy embriagado de placer y con el sueño cojo y dando tumbos. Me despierto sobresaltado, pensando que duermo acompañado de otra mujer. Miro al lado frío de mi cama y por supuesto, nada encuentro. Vuelvo a dormirme y sueño que otro yo, más fuerte y musculoso y, con una fuerza de voluntad envidiable, no se hace doblegar por vaguedades. Es un yo de mirada oblicua y desafiante, victorioso caballero andante en mil batallas, pero..., con un punto débil que su coraza no puede defender: aquello que se nos niega como dioses y que no es otra cosa que nuestra propia naturaleza contradictoria, que siembra de pequeñas o grandes debilidades al ser humano. Y ahora soy una espiga más en medio de un inmenso campo sin propiedad. El viento me zarandea de un lado a otro, a causa de mi flexibilidad. No soy dueño de mis movimientos, pero mi cintura no se quiebra aunque me azote con sus bufidos. Me sobresalto nuevamente y me despierto malhumorado por esas imágenes preñadas de luz que dibujamos en nuestros sueños alborotados. Me levanto y desayuno. Miro a mis padres de soslayo y ellos me observan de hito en hito, sin querer saber. Leo sus pensamientos y ellos fingen no comprender.

Ha dejado de llover y tengo ganas de salir a la calle y de que me dé el aire; anhelo actividad. Piso a propósito los charcos sin importarme la humedad. No llevo rumbo fijo y me encanta

improvisar. Tuerzo una esquina, cruzo un parque, me cobijo en la multitud cargada de bolsas por Navidad. Entro en unos grandes almacenes y paso la mirada por las vitrinas y expositores, ofreciéndose para regalar. Cuento con dinero porque este mes he empezado a trabajar. Los estudios se me hicieron eternos. No me interesaba el teatro de la escuela aunque mis profesores me miraban con posibilidades. Cuando lo dejé, defraudé a mis educadores y alegré a mis progenitores. En mi casa, se necesitaba más un sueldo mensual que un título universitario con el que impresionar a las vecinas. Eso a mi entender, se llama cultura de barrio obrero. Me acerco a la sección de música. Jugueteo con las cajas clasificadas por estilos. Me sorprende a mí mismo cuando en un arrebatado comienzo a descolocarlas. Mezclo el JAZZ con el POP, y me sale un CLÁSICO ÉTNICO, con sabor HEAVY. De repente me quedo paralizado. Un CD de AC/DC me está mirando. Me aseguro, ladeando la cabeza de un lado a otro. Todo está abarrotado de gente y los de seguridad están atentos a mil caras y a ninguna. Me meto el CD en el bolsillo de la cazadora. Nadie me ha visto. Sé que cuando llegue a la puerta de salida, la alarma sonará y no me quedará más remedio que correr. Localizo nuevamente al tipo de seguridad más cercano y paso delante de su jeta con sonrisa burlona. Valoro sus posibilidades contra mí y noto que me atrae el reto. Me decido y paso rápido por la alarma que no deja de sonar en mis oídos a pesar de que me alejo cada vez más. No miro atrás, sólo oigo un tumulto de voces que se dirigen hacia mí. El aire frío me sorprende en plena cara ante la salida de los grandes almacenes y me incita a correr cada vez más rápido. La lluvia me recibe nuevamente y noto su presencia en todo mi cuerpo. Por fin me paro; cojo aliento; miro las caras despreocupadas que en ese instante me rodean; y lanzo un último suspiro de relajación mientras una amplia sonrisa se abre paso en mi semblante.

Si yo supiera escribir, escribiría lo que siento, escribiría lo que se siente cuando se tiene todo, pero no se tiene nada.

Si yo supiera escribir, escribiría sobre la soledad, la injusticia y el temor. No escribiría nada más, porque ya no hay nada más.

Si yo supiera escribir, escribiría para esos que no tienen nada, que no tienen quien escriba sobre ellos, por ellos.

Si yo supiera escribir, escribiría contra esos que escriben la historia, contra los corruptos, los tiranos, los egoístas, los hipócritas...

Si yo supiera escribir, escribiría y podría cambiar el mundo, crear un mundo nuevo, tachar, subrayar, redondear, estilizar, perfeccionar, borrar, decorar...

Si yo supiera escribir, escribiría y sabría hacer algo, sería alguien, tendría poder, sobre mí, sobre los demás, sobre el mundo.

Pero el poder es ansia de poder, es querer el poder. Por eso yo no quiero poder y no sé escribir, sólo escribo.



RAFAEL MORIEL

*Es más fácil luchar por unos principios
que vivir de acuerdo con ellos.*

Alfred Adler.

Invento cajas. Cajas negras. Ignoro el por qué, pero desde que todo comenzara no cesé de concebirlas. Su concepto siempre obedeció a una innata necesidad de solucionar los problemas, la misma a la que he dedicado mi vida entera.

Mi primera caja negra fue un recipiente donde guardar los juguetes. Apenas había cumplido los cuatro años, discurrí aquel artilugio convencido de que mis trastos merecían un lugar de referencia donde permanecer. Cierto es que no imaginé su efecto, pero muy pronto todos los niños disponían de cajas negras donde guardar sus juguetes. Hasta las madres parecían más contentas, sabiendo que los cachivaches de sus hijos permanecían en lugar seguro, sin extraviarse ni estorbar a nadie. La cosa se transmitió de boca en boca, extendiéndose sin apenas darme yo cuenta. Y fue así que, cautivado por aquella sensación, tan sólo deseé repetirla. Ocurrió que a partir de entonces me fue imposible olvidarlas por un solo instante. Comenzó mi espiral de las cajas negras. Reconocido en el anonimato por tan importante descubrimiento, decidí que a partir de entonces dejaría de jugar.

Siempre fui poco hablador, pues a decir verdad prefiero escuchar. Gracias a ello me fue posible tomar conciencia de las necesidades a mi alrededor, sobre las que meditaba y más tarde disponía. He ahí el secreto de mi empresa: escuchar para luego resolver. Eso más una plena dedicación.

A los ocho años de edad había desarrollado numerosos artilugios que facilitaban el almacenaje de objetos: inventé cajas negras donde guardar los zapatos, cajas negras donde almacenar ropas. Descubrí las cajas negras del confort, una línea que a lo largo de todos estos años no ha cesado de prosperar: cajas

negras sobre las que descansar el cuerpo, cajas negras sobre las que dormir en la noche, cajas negras en las que comer y beber. Cajas negras con las que ordenarse los cabellos, cajas negras con las que lavarse y secarse el cuerpo así como otras muchas que simplificaran las tareas cotidianas, y llegó un momento en el que caí en la cuenta de que lo realmente interesante guardaba relación con el sentimiento de tomar parte en la interpretación y modificación del entorno. Deseaba estar presente, formar parte del orden de las cosas, estimular a mi antojo lo que jamás antes habíase puesto en entredicho.

Por aquel entonces ya se me catalogaba de genio.

Surgieron de mi mente las cajas negras con símbolos garabateados. En principio aleatorios, que posteriormente estandaricé. Con ellas me sería posible plasmar todo pensamiento. Consumé presuroso mi obra, enfebrecido, sabiendo que la misma permitiría comprender, asimilar y desarrollar ideas, ajenas o propias. Mis cajas negras abarcaban las ideas y sensaciones, esquematizando en el mínimo espacio todo aquello que necesitara ser manifiesto, por enorme o insignificante que fuera. Cajas negras letras, cajas negras planos, cajas negras bolígrafos y lapiceros.

Las cajas negras estaban por doquier. Constantemente se representaban en mi mente. Sólo tenía que escuchar, permanecer atento a las necesidades ajenas y reflexionar sobre ellas. Entonces me salían. Cajas negras para solucionar los problemas.

Definé sus formatos: cajas negras cuadradas. Cajas negras circulares y esféricas, paralelepípedas. Continué mi concepto interpretativo de la circunstancia: cajas negras con las que medir cuantías de objetos y eventos diversos. Cajas negras con las que calibrar el transcurso del tiempo. Cajas negras emisoras de luz propia con las que iluminarse en la oscuridad. Cajas negras ruedas, de dos y de cuatro, para desplazarse en la distancia. Cajas negras surcadoras del aire. Cajas negras para navegar las aguas. Cajas negras comercio, cajas negras objetos

y enseres. Cajas negras hospitales, cajas negras colegios, cajas negras instituciones.

A los veinticinco años maceré y filtré mis ideas, gestando el proyecto de una caja negra madre, un novedoso concepto que sin duda afianzaría las líneas de su propio progreso sobre el germen que años atrás comenzara a gestar. Lo maduré hasta poder sintetizar una caja negra generadora de cajas negras: se trataba de un espacio adecuado al efecto, donde invertirían su tiempo personas adiestradas en el hacer de las cajas negras, que se lograrían mediante un proceso en serie. A cambio, los protagonistas de su manufactura obtendrían otras cajas negras con las que lograr bienes materiales y alimentos.

La caja negra madre pasó a ser una realidad. La noción del proceso serie extendió sus dominios con vertiginosa rapidez. Las cajas negras madre posibilitaban la concepción de otras muchas, que a su vez guardaban una estrecha relación entre sí. Ideé las cajas negras fórmulas, corolarios, hipotéticas. Maquiné la suma, la resta y la multiplicación, e ideé la división con la idea de vencer. Fraccioné en pequeños los grandes terrenos, bauticé las cajas negras banderas, las cajas negras países, las cajas negras imperios, instalando mi residencia en la más grande factoría jamás levantada, que denominé "Black Box", y que a partir de entonces regiría el devenir del planeta Tierra. Auné esfuerzos, rodeándome de las mentes más privilegiadas, aglutinando un virtuoso equipo de científicos prestos a solucionar todo dilema que como tal se planteara.

Cajas negras jerarquías, la caja negra del rico y la caja negra del pobre. Cajas negras idiomas, cajas negras colores; cajas negras progreso, cajas negras encima y cajas negras debajo, delante y detrás, cajas negras derecha y cajas negras izquierda.

Integrado en el equipo que personalmente dirigía, supervisé la implantación de cajas negras generadoras de políticas y diversos órdenes sociales. Se concibieron cajas negras para proclamar líderes, cajas negras podium, cajas negras A y cajas

negras B, cajas negras Z, cajas negras donde encerrar a las personas. La mejora del confort proseguía su curso: cajas negras calefactoras, cajas negras congelantes, cajas negras comunicantes en la lejanía, cajas negras cine y cajas negras música y cajas negras libro y cajas negras ociosas y divertidas y cajas negras ordenadoras de datos, y cajas negras vacaciones y cajas negras cielo e infierno. Cajas negras inteligentes y cajas negras tontas... La interminable lista crecía día a día.

Una banderola emblema de Black Box coronaba todo edificio sobre cada calle, ciudad o país. Jornada tras jornada se solventaban, se mitigaban infinidad de problemas que acuciaban a la humanidad. Se dispuso de los medios adecuados para facilitar el que se nos hiciese saber acerca de toda solicitud o mejora requerida, que posteriormente era valorada y clasificada, solventaba probablemente.

Los años transcurrían. Había incrementado infinitamente mi conocimiento desde aquella, mi primera caja negra, y fue entonces cuando me creí capaz de volcar toda mi experiencia sobre un proyecto madre que englobara el camino recorrido hasta entonces horadando, a su vez, nuevos horizontes. Se trataba del proyecto madre de todos los proyectos, una única caja negra que resolviese por sí sola, todos los problemas del mundo.

Me puse manos a la obra. Retirado en soledad a una tranquila isla poder donde gestar mi idea, anuncié al mundo que aguardara paciente el desarrollo del más grandioso proyecto jamás conocido.

Dos décadas pasadas de estudios culminaron mi obra maestra. Por primera vez en la vida pude darme enteramente por satisfecho, sabiendo que todo había terminado. Ya no habría más cajas negras. Mi vida entera, toda mi sabiduría materializada en una caja negra que solucionara todos los problemas del mundo.

La presenté en público ante las mentes más privilegiadas del globo, de pie sobre el centro de una gigantesca construcción circular que se elevaba en gradas concéntricas sobre las cuales aguardaban mi comparecencia, ansiosos e impacientes, sumidos

en el silencio más absoluto, un millón de expectantes ojos clavados en mí.

Fue una tarde de primavera. Comencé mi exposición seguro de mis palabras, a pesar de que jamás me consideré un buen orador. Pero la consumación de mi obra lo hacía necesario, aquello que tenía entre manos lo justificaba. Se trataba de algo insólito.

Miré a lo alto, recorriendo con la vista la colosal arquitectura. Me dirigí a ellos con solemnidad, rompiendo el silencio para hacerles saber que tras largos años de estudios, había sintetizado la caja negra que resolvería todos los problemas que hostigaban al mundo. Manifesté, haciendo especial hincapié en ello, que tras haber descartado uno a uno todos cuantos prototipos antecederan al presente, había llegado a la conclusión de que mi última caja negra siempre había estado delante de mis narices, y tan sólo me había sido necesario definirla, de alguna manera.

Entonces y sin más preámbulos les invité a descubrirla, que permanecía en el centro geométrico de aquella arquitectura levantada al efecto, descansando sobre una mesa, cubierta por un velo negro que destapé sin más dilaciones. Acababa de descender un ataúd negro brillante, tras lo cual y al percatarse de que se trataba tan sólo de eso, algunos de los presentes comenzaron a blasfemar en tanto que otros abandonaban sus asientos burlándose de mí, profiriendo insultos como viejo loco, senil, y otras cosas.

Finalizada mi comparecencia, decidí retirarme a mi isla para vivir lo que me restara de vida. Había necesitado dos décadas sobrepasadas en aquel lugar paradisíaco, donde únicamente me había dedicado a los menesteres del paseo y al sumergimiento en las aguas de la mar, al disfrute de la toma de rayos solares y a la ingesta de los frutos que los árboles y la tierra me ofrecían, reflexionando así para culminar la más importante de mis creaciones.

Me doy pues por satisfecho, con la total seguridad de que me sería imposible aportar algo más.

La escena;
una pared de piedra
(que no es muro).
La pintura;
como de luz de vela
(que no arde, ni tiene cera).
La melodía;
el canto de humo
(sin llama)
creando espirales
hilando figuras
parejas.

El tacto;
frío (sin hielo)
serpenteante
(sin veneno)
las manos, gráciles,
casi garabatos.

Los ojos;
brasas opacas,
esmaltes antiguos.
Las pestañas;
delimitando
reflejos y matizando
perfiles.

La hora, satinada,
(sin tiempo).
La estación,
la última antes del
invierno
vecindario en duermevela
como de patios
fragmentados
en minúsculas
viñetas.



La sala cuatro apestaba a olores producidos por personas no comunes, gordos sudorosos que no podían percibir el hedor a semen, pies, sobacos... ya que sus narices estaban congestionadas, pues no conocían otro “lugar”. Pero entre estos olores, uno de ellos se destacaba notablemente: ¡mierda, el de un negro, un sucio negro que apareció ante mi vista! Instintivamente, corriendo hacia él, cogí mi palo de billar con intención de agredirle, pero me quedé a verlas venir. Dos de los loqueros fueron más rápidos que yo, e impidieron lo que pudo ser una masacre.

No fue necesaria una camisa de fuerza para llevarme al despacho de Zinerman. A éste todos le tenían gran respeto; todos, excepto yo. Los dos compartíamos la misma ideología, y esta peculiaridad nos hizo ser grandes amigos. Esta vez Zinerman no se acercó a mí con un caramelo, como de ordinario, sino con una vara, y dirigiéndose a la pizarra me dijo:

-Sr. Miller, la Tierra no es redonda. Tiene usted, es decir, tenemos razón. La Tierra es plana como esta mesa, sólo que tiene bultos.

No me pilló por sorpresa, sino que hacía tiempo que me había dado cuenta de ello. Ahora no cabía duda, esto era un milagro. Dos mentes hiperdesarrolladas nos habíamos juntado y para más casulidad, si cabe, los dos éramos alemanes.

Yo, hijo de no sé quién, me crié en una comuna de hippies donde sólo se podía oír rocanrol o mariconadas como “te amo” o “paz”. A los cinco años todas las medicinas que tenía al alcance eran porros, ácidos o alcohol. Afortunadamente, a los diez, me encerraron en un reformatorio donde, poco a poco, a base de palos, fui convirtiéndome en lo que soy y orgullosamente me siento. En fin, el caso es que hacía un mes que había entrado en el psiquiátrico como loco, y para ese momento me había

adueñado del edificio. Todos me trataban con respeto y yo les sonreía para contentarlos, porque eran bobos, unos babosos, siempre sucios y con la mano en el pene. Ahora sabía que Zinerman y yo éramos grandes y que nos íbamos a convertir en los amos del mundo. Nunca había tenido tantas ganas de vivir y sabía que la conservación de la raza dependía tan sólo de mí.

Después de la charla que mantuve con él, me dirigí a mi cuarto, me puse mi traje gris con su flamante esvástica bordada en la manga derecha y embadurné mi recién afeitada cabeza con agua de lavanda. Seguidamente, bajé de nuevo a la sala cuatro para juntarme con Morci. Éste es simpático. Su edad, difícil de calcular, de cara deforme y labios inflamados. Cuando sonrío, se le arruga la piel del rostro debido a la roña que se asemeja a una fina capa de arcilla. En su boca conserva una única muela cariada que me produce arcadas. Sin embargo, Morci no me da lástima. Por lo que me he enterado, sus padres lo prostituyeron desde los dos años, y no me explico cómo nunca se rompió la cadera. El caso es que me sigue a todas partes, como los testículos siguen al pene. Yo soy su dios y el único que entiende su gangosa manera de hablar.

-Morcillo -le dije utilizando su mote al completo con el fin de captar toda su atención-. Hay que matar al negro. Si me ayudas, no te pasará nada. Zinerman hará que parezca un suicidio y la autopsia no delatará el asesinato. Eso sí, el negro debe morir en una auténtica agonía.

Yo sabía que este pelele no me entendía en absoluto, pero haciéndome el entendido en temas de homicidios me admiraría más. Le conocía bien, y a pesar de su mentalidad infantil, podría sacar el mal de sus entrañas.

En ese mismo instante percibí el hedor del negro. Era él, sin duda. Olfatear es uno de mis innumerables dones. Se dirigía al servicio. Era el momento más apropiado; corrí a por mi palo de billar, la única arma mortífera que tenía al alcance de mis manos. Rápidamente entré en el servicio, siempre con Morci detrás, y allí estaba el negro, meando en el orinal con los pantalones bajados

hasta los tobillos, lo que facilitó su inmediata inmovilización. Mientras Morci lo sujetaba, desenrosqué mi vara Pool 8 y empecé a introducirla por el recto. El puerco no paraba de gritar y sudaba como tal. El sonido de dos pares de zapatos acercándose al lugar donde llevábamos a cabo la tortura no había cesado, y ya me estaban poniendo la camisa de fuerza. Mientras lo hacían, tratándome como a un loco, me venían a la mente melodías de Vivaldi. Cuando quise reaccionar ya estaba completamente inmovilizado y veía cómo vestían al negro. ¡Santo cielo! ¡Le trataban como a una persona! ¡Esos malditos cabrones me habían traicionado! Zinerman era un Judas, un sucio traidor que se había dejado llevar por su carrera de psiquiatra.

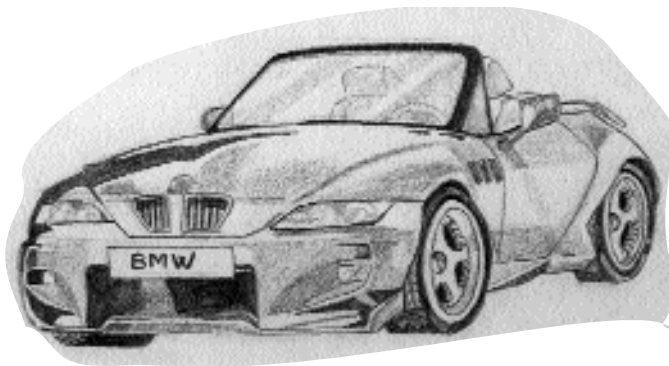
Comencé a gritar moviendo las pocas partes de mi cuerpo que aún quedaban libres.

-¡Judas! ¡Has vendido a tu señor! ¡Te creí mi siervo, Zinerman! ¡Te creí mi siervo!

Noté un pinchazo en el brazo que, al instante, reaccionó aletargándose. Me acostaron en mi habitación.

Más tarde una canción rompió el silencio: sonaban los Beatles.

Para los padres de Julián, aquel niño enfermizo y amarillento que tantos disgustos, en principio afectivos y posteriormente económicos, dio el año escaso que duró.



No, me contraigo
un fuelle
lenteja descubriendo
respiro huecos
me pruebo
soy un bichito
divertido, busco los bordes
las formas del espacio en movimiento
quieto
te conozco
me presento
búsqueda agitada
me suelto
huelo el miedo
lo noto demasiado
el agua se esparce en mi cuerpo
soy agua
vocecillas gritando cosquillas

pliegues de mar
meciéndose
silencios plateados entre viento
viento chorreante

espumas
durmiendo.

A Pilar Corcuera, en "nuestras soledades"...

T **SALMO I**
*Tiene el cuerpo lleno de cicatrices.
Encadenada a la Torre de Babel,
siente el látigo del viento.*

Ya no queda nadie.

Se marcharon los constructores, los alfareros, los tejedores...

*Ella sabe que no es Prometeo,
ni espera a Heracles "El Salvador".*

Ya no espera a nadie.

SALMO II

E*ncadenada, ha visto morir ciudades fastuosas,
donde olvidaron los cinceles
que tallaron esos muros,
hechos de polvo de estrellas.
Eternos. Como el dolor que le
recorre el costado.
También Longinos, olvidó el Cáliz.*

III VÍA CRUCIS, Babélico

S*angran sus manos y sus pies...*

Es la única habitante de esta ciudad en ruinas.

Sólo silencio y... dolor.

Hoy ha visto a un halcón sobrevolar Babel.

El halcón ha volado en círculos sobre su cabeza.

IV
SALMO I (IV)

Sudor de sangre...

No puede explicar todo ese sentimiento
que le recorre las venas. Que no tiene cuerpo.
Es barro. Amasijo de madera y cuerda.
El Golem al que sigue encadenada.

SALMO II (IV)

Sudor de sangre...

¡El rojo plomizo que satura el cielo!
Cuando alza sus ojos, las lenguas
divinas le queman.
A fuerza de padecer dolor, ya no lo siente.

V

Lanzada en el costado...

Babel se levanta ebria de orgullo.
Sus tenebrosas ruinas aún guardan en sus muros,
el chasquido del látigo,
sus voces confundidas. Olvidadas.
Ah, Babel, ¡Babel es mi alma!

VI

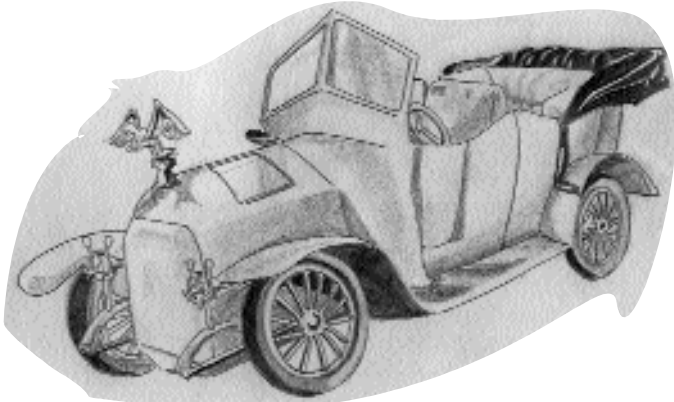
Agonía

*¿Dónde estás peregrino? No siento
tu sombra bienhechora sobre mis cicatrices.
Hay demasiada sal en las heridas.
¿Dónde estás? ¿Sobre qué cielos planeas?
¿Qué lugares impolutos llevas prendidos
en la mirada?
¿Has visto a Dios?
La pregunta se pierde en el tiempo.
La respuesta en el viento.*

VII

Muerte...

*Tiene el cuerpo lleno de cicatrices.
Encadenada a Babel
sólo siente el látigo del tiempo.
Un halcón agoniza en la arena.*



CARTA DE VIENTO

IÑAKI GLEZ.-ORIBE

Hoy, como de tapadillo, se me ha colado por una rendija de mi pasado tu olor de *Ayer*, y una brizna de tiempo se ha asomado hasta mí como una carta de viento.

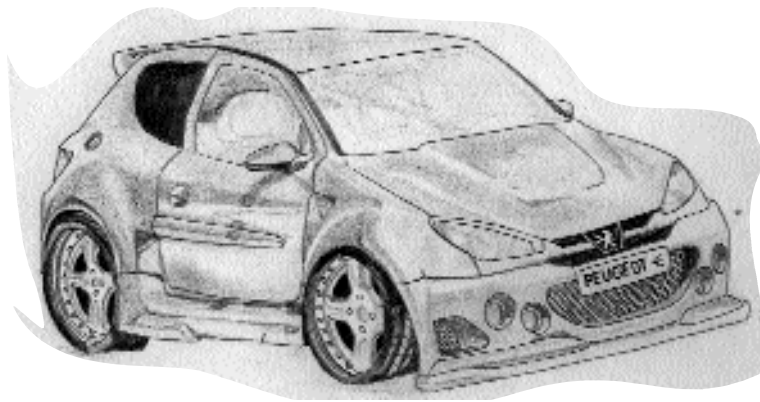
Ahora, alojada entre las pestañas, leo tu sabor húmedo y fresco.

Una lágrima dulce recorre mi cara, riega los labios, y la boca recoge todos tus sabores. Hace fluir la saliva y ésta llega hasta el fondo de mi estómago, donde logra digerir todos los sentimientos que ayer quedaron secos.

Se produce el masaje sentimental, el milagro que necesitaba el corazón para volver a pestañear.

Las orejas alejadas entre sí por una distancia de besos, se sonrojan como faros pueriles e iluminan los ojos, y la luz que proyectan hace posible que los sentimientos puedan ser escritos en papel de carta.

P.D.: ayer te vi pasar por donde cruza el olvido y el amor no me dijo adiós.



Acompáñame en mi solitario empuje
Sígueme en mi azaroso interior
Ayúdame en el descendente mandato
Sácame de la neblina hastiada

Escucha los lamentos que me inmovilizan
Cielo de ébano
Fuego de Siberia
Agua de excepción

Saca a relucir todo lo que me cautiva
Reina hechizada
Torbellino de seducciones
Expresión natural del paraíso

Dejá de cumplir tu sinuoso cometido
Viento de la vida
Lustro de desorientación
Cofre de misterios

Traspaso el muro que me separa de ti
Mantengo el equilibrio de la pasión-perdición
Encuentro el sentido de la llamada sin respuesta
Llego al lado de la estrella asimétrica.

ESTILOGRÁFICAS, RADIOS, REUNIONES, ARCAS, TILOS, AMORES
(o de cómo se puede cercenar un escrito literario)

IBON DÍAZ

“La lectura de la literatura consiste en despedazar las ideas del autor, algunas veces su cabeza y casi siempre el cuerpo del corregidor de erratas”.

Peru Aingeru Zabalgogeaskoaberri.

El otro día me sucedió un hecho insólito que todavía no llevo a explicarme. Estaba preparándome en la cocina un succulento plato de caza, cortinetas de sésamo con jengibre y guarnición de cebolla y papas doradas. Cortando la cebolla en juliana, lloré. Y me corté. Dejé de llorar. Me aguanté las lágrimas porque los tíos como yo no lloran. Sangré. Me limpié y me dirigí a limpiar el reguero de ese líquido rojo y viscoso que desparramé por toda la cocina. Entonces ocurrió. En una gota. En la última gota, que había sido la primera. Saltó. Un glóbulo rojo. Era pequeño, casi no lo veía si no fuera porque iba dejando un minúsculo y estrechísimo rastro rojo sobre el enlosado suelo blanco. Se movía. Intenté recogerlo con el ensangrentado paño. Protestó:

-¡Eh! ¡Tú! ¡Déjame en paz!

No me pareció el momento más adecuado para comenzar una discusión con una microscópica célula de mi propio cuerpo. Pasé el trapo un par de veces y lo único que logré fue perderlo en el rastro rojo oscuro que esparcí. Cogí la zapatilla de paño y la estampé duramente por la parte de la suela repetidas veces contra toda la cerámica roja. Comencé a sangrar por la nariz. Siempre ocurría lo mismo al entrar en un estado de excitación. Cada vez que salía a la calle me veía obligado a llevar una desproporcionada bola de algodón para taponar las constantes hemorragias. Ocurría con demasiada frecuencia. Cada treinta segundos.

No quería que ese componente de la familia de los hematíes recibiera refuerzos, así que me grapé la nariz. No tenía ni algodón a mano ni tiempo de ir a buscarlo y siempre deseé tener un aro en la nariz. Un piercing. Un aro o una grapa. Qué

más da. Soporté el leve dolor que me producía la perforación. Si era capaz de ir a trabajar todos los días, ¡no iba a ser capaz de aguantar una perforación nasal!

Mis zapatillazos no habían acabado con el glóbulo rojo. Desde detrás de una mota de polvo, me increpó:

-Déjame vivir mi vida! ¡Quiero ser libre! ¡No soy tu esclavo! ¡Si quieres vivir, aprende a transportar tú solo tus necesidades celulares! Día y noche sin descanso. ¡Estoy harto! ¡Ahí te quedas!

No le presté atención. Tal vez porque me estaba sacando una aguja de hacer calceta del oído derecho. Resbalé con el trapo sangriento y caí sobre el jersey de lana que me hacía en mis ratos de ocio. Perdí momentáneamente la memoria pero no la consciencia. Creo. No me acuerdo. El caso es que intenté recomponer los huesecillos del oído medio que me salieron junto con la aguja. Una voz interior me dijo que sería más fácil verme el culo sin espejos. Dejé los restos por ahí, encima de la mesa, no sé, para después hacerme un caldo. Tenía que eliminarlo. Sentía la necesidad de hacerlo desaparecer de la superficie terrestre y aérea. O él o yo. Y sería él. Costara lo que costase. Miré a mi alrededor. Agua, fuego, butano. Fuego y butano. Sus instantes de rebeldía estaban contados. Abrí la bombona y cerré la ventana. La volví a abrir y me esforcé un par de minutos en reimplanatarme el dedo que me había seccionado con el filo de la ventana. No fui capaz. Siempre había sido un inútil en las tareas manuales. Ahora sería un poco más difícil mejorar en ese aspecto. Me metí el dedo al bolsillo. Puede parecer una guarrada pero no lo fue. Metérselo en la nariz. Eso sí que es una guarrada. Me grapé el muñón. Tarde. Cientos de glóbulos rojos, y blancos, y plaquetas, líquido linfático, una falange y otros miles de elementos más de mi interior se unieron a la revolución. Maldita cebolla. Al cerrar la puerta tuve cuidado. Esperé interminables minutos mientras el gas se esparcía por la cocina. No lo veía. No sé si debía ver o no. No lo veía porque encendí una cerilla demasiado cerca de mis ojos y los vapores del azufre me

cegaron. Encendí otra cerilla con más cuidado y con la mano que tenía más dedos. Por el oído bueno creía distinguir el rugir de la sublevación. O tal vez fuese el gas. Abrí la puerta con la mano que tenía menos dedos para lanzar la liberación al interior. La liberación y la explosión me lanzaron al exterior. Por el ventanuco del pasillo. A pesar de vivir en un bajo me rompí el fémur de una pierna. No era médico, pero lo supe porque el hueso me salía del muslo y sentía molestias. Me lo toqué. Era suave por fuera y algo esponjoso en el interior. Dejé de hurgar en la herida. Una segunda explosión lanzó lo que creo que era el microondas y deshizo mi incómoda comodidad. Cuando impactó en mi pierna sana y me pulverizó la tibia y el peroné, pude ratificarlo por la forma y el peso. Lo aparté con un gran esfuerzo. Ahora me tocaba con el dedo gordo la rodilla. ¡Y yo que creía que no era capaz de practicar yoga! ¡Toma asana!

Me arrastré a duras penas sobre mi cuerpo. Perdía carne de mi carne y ganaba revolucionarios. Ya pensaba en la venganza. Terrible. La reconstitución del poder autócrata. Yo debía aplastar el alzamiento cuanto antes. Me estaba desangrando. Lástima que no encontrara la grapadora. Aquello debía parecer una película de Fantastic Factory. Me acerqué a la entrada de mi casa. El fuego y el humo me produjeron quemaduras y toses. Ya no me importaba. Era un mal menor. Eso esperaba, hasta que expulsé un pulmón por la boca. El derecho, concretamente. Lo supe porque me salió por la nariz un tercio de los tres que tenía. Sentía un vacío en mi interior. Un perro callejero me lamió el fémur. De buena gana le hubiese pegado una patada si no hubiera estado perjudicado de las dos piernas. Le escupí un tercio de pulmón. Lo cogió de un bocado y salió corriendo. Eso me imaginé por los ruidos que escuché. Malditas bestias peludas. Ahí yacía, cerca de mi casa en mitad de la calle, hasta que alguien vino a poner fin a mi agonía. Tenía voz de anciana y me preguntó:

-¿Se encuentra usted bien, joven?

-Señora, me está pateando con la muleta el hígado.

-Disculpe, joven. De todas maneras, tiene dos, ¿no?

-Señora, éso son los riñones.

-¡Oh! Lo siento, joven.

-Más lo siento yo, señora, créame.

-¿Le duele?

-Si pestañeo noto unas ligeras cosquillas en la planta de los pies.

-Si sólo es eso, no es nada. Es una rata que se los está lamiendo.

-¿Y, es muy grande?

-Figúrese. Creía que era una papelera.

-¿Una papelera? ¿Por qué?

-Por el pelo corto y áspero.

-Ah. ¿Me haría el favor de levantar la muleta de mi hígado y darle un golpecito suave?

-¡Qué asco! ¡Esta juventud! ¡En mis tiempos esto no pasaba!

Y se marchó. Allí me quedé con la rata. Le escupí los dos tercios de pulmón que me quedaban con la intención de repetir la jugada del can. No acerté en el blanco. Noté cómo se marchaba. La noche ya debía de encontrarse en toda su oscuridad. El frío me atenazaba los músculos. Intenté dormir, cosa harto difícil si te encuentras en el interior de un camión de basura. Debía oler bastante mal. Menos mal que llevaba la grapa en la nariz. Eso me impedía que los olores nauseabundos me hicieran vomitar.

De noche, ciego y dañado nuevamente por la trituradora del camión, perdí varias partes de mi cuerpo. No me preocupaba, ya que bastantes de ellas las tenía repetidas.

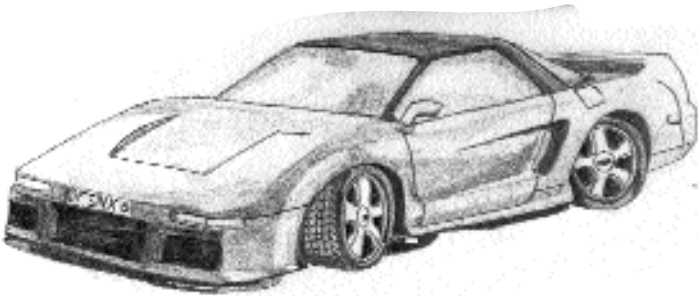
Me descargaron junto con toneladas de basura en el vertedero municipal. Y allí reapareció mi primer rebelde. Mi primer glóbulo rojo soliviantado.

-Muero.

Murió. Había triunfado. Mis principios se habían impuesto. Y mis finales se acercaban. Afortunadamente no me vieron. No era difícil porque estaba diseminado en varios montículos de

basura reciclable.

De cómo sobreviví a mi trágica situación y alcé el vuelo hasta ser lo que soy, no tiene el más mínimo interés. Tal vez en una próxima ocasión. Tal vez. O no. Quién sabe qué. O tampoco. Sorpresas te da la vida. La viuda negra, por cierto, es una pedazo de araña de ocho patas. Igual que el resto de las arañas. Arañas que cumplen su labor en los ecosistemas manteniendo el equilibrio ecológico. Equilibrios los que hay que hacer sobre las cuerdas. La cuerda del ahorcado y su difícil equilibrio imposible. Esta danza pendular podría ser aprovechada para determinar el sexo de los hijos según algunas creencias populares. Para populares las corridas de los toros. Nada tan familiar como los toros y sus cuernos o las vacas y sus hubres. Ubres que dan leche pero no lana. La lana la dan las ovejas que no hay que confundir con las abejas, que son las de la cera y la miel. Cera para velas y miel para el desayuno. Gracias a la fuerza del viento las velas impulsan los veleros por las inmensidades de los océanos y mares acuáticos. Mares que están empezando a tener más basura que peces. Peces cada vez más caros por toda la contaminación que llevan y que hacen que pesen más en las pescaderías. Lo que posibilita que los desperdicios de estos vertederos sean más numerosos y más contaminantes. Por eso, cuando se les echas al gato, puede que esté, harto de tanta bazofia, y te arañe. Y si te araña, sangra tranquilo. Y prepárate para la rebelión.



REDONDA

Redonda
Y altanera,
Color plumizo
El rostro
Has venido
Otra noche
A visitarme.
Mientras me seco el pelo,
La luna del espejo
Te refleja encendida,
Enigmática,
Llena.
En redondez preñada
De poesía.

CUATRO MUROS

Cuatro muros
Muy blancos
Y un ciprés
Casi negro
En medio de la noche.
A lo lejos dos perros
Le ladran a la Luna.
Cojo papel y pinto
Paisajes de palabras.

Marismas en las servidumbres del deseo
cuando se desquebraja el alba a la mañana
y hasta la ventana de las dudas
se arrima inocente la mirada alcoholizada
para arañarle el corazón,
y entre lagunas imaginar que puede ser,
que tal vez sea,
y que seas tú.

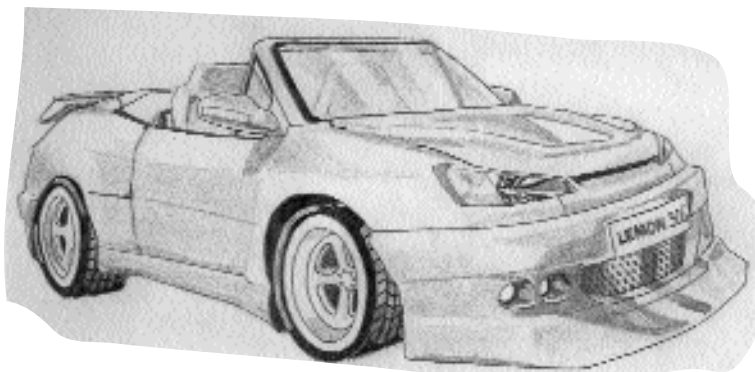
Porque hasta el barniz roído
de la barra del último bar
observa en tu palabra una imagen
de cofre iluminado en el fondo del mar,
un tesoro immaculado,
una verdad tallada con cincel de soledades.

Y en el patio de butacas de tu imaginario
descansa la fiebre de un pasado capaz
de censurar cualquier presente;
Qué disciplina tan leal la de tu razón
que no te engaña ni en un desliz
de sabor a cubata,
que te protege aún en el emerger
de este malnutrido malecón de sueños
y que somete a la evanescencia los gestos
edulcorados de quien se señala evidente
cuando miras, cuando tocas;
y la verborrea indulgente
busca en la idiosincrasia de tus sutilezas
el viejo mapa del tesoro.

*Desde un rincón, exhausto ya,
quizás la X dentro de tu boca
junto a palmerales de insomnio
y suspiros amordazados con lazos de celofán.
Como una acuarela de Turner
apoyada sobre un diván sin confesiones,
las yemas de mis dedos se retiran a acostarse
al lugar donde un silencio revelador
me hizo confiar en ti,
para olvidar que seguro que no vienes,
que seguro que no estás.*

F*rente a las losas fría de los muros de Dios
me robaban notas, de mi partitura de niño,
para dar de comer a las fieras del circo,
frente al cuerpo de una avispa,
como si hubiese visto alguna vez
el retrato del tiempo...
Palabras para ti,
escuchándome en el eco
del tacón de tus zapatos;
¿cómo está la princesa de rojo,
los secretos dormidos...?
Venido a tránsito el sueño del amor,
como si ceniza ya,
la tragedia de un día;
la arboleda muerta en las manos que envejecen,
la arboleda muerta en el llanto por la tierra.
Muñeca del óbito,
he admirado la luz de tu suero,
¡¡cuánto camino sobre los adoquines!!
Entre las blancas paredes del suicidio
has pintado tus más célebres trazos.*

**Combustión en la azotea del pensamiento,
ánfora de sufrimiento;
¿quién sabe, corazón negro,
de qué virtud sucumbió, envenenada ,
la flor de boca?
Frente a un taller de melodías
viaja desde la noche un emisario;
naufraga,
tantas veces como lejos se proyecta,
más tarde oscurece,
hoy ha muerto
arrinconado en la simiente del desnudo,
frente a las abejas de tu melancolía,
sesgado, cansado, enfermo.
Las flores siempre van a morir a su otoño
y yo no quiero robar el vuelo loco de tu cometa,
aún no quiero un alma de viejo
ni ser la música de un viento
que cuando a mí me hable, a ti te calle.
Desde el tragaluz de los misterios
al hojal del sueño;
las voces de la vid, el ayer:
Mi dueño.**



Gobernuan lan egitea! Lakuako bulego dotore horietako batean! A ze suertea! Etxean, gurasoek ezin zuten sinetsi. Bat-batean, ordu arte alproja galanta zena etxeko seme kutun bihurtu zen guztion begien aurrean. Bistan zen azkenean nire merituk aintzat hartuak zituztela, lantoki paregabe hartara bidalita. Garai hauetan honelako loteria tokatzea! Koadrillakoek ere berdintsu: Hori duk hori, txoltoa! Hor, gainera, ez duk enpresa pribatuan bezala. Enpresa pribatuan azken ttantta ere xurgatzen zigutek guri, goiz, arratsalde eta baita gauetz ere, deskuidatuz gero. Administrazioan, ordea, poliki-poliki, presarik bat ere gabe... Gainera, itzultzaile itzaltzaile jende klase hori oso jatorra eta eramaten erraza duk, gizona! Auzoan askok eta askok inoizko begiradarik irrikatsuenaz egiten zidaten so, nire balentriaren kontura etekinik atera nahirik edo; sekula oso lagunkoia izan ez banaiz ere, harrezkero adiskide faltarik ez dut izan bazterrotan. Nahi baino sarriago, ordea, bakanen baten eztenkada ere jasan behar izaten dut: Entxufe onen bat izango huen hik nonbait. Horrelakoei entzungor egin ezik nireak egin du, aspaldi egingo zuen, gainera.

Lur gaineko paradisu honetara iritsi orduko ohartu nintzen gauzak ez zirela nik uste bezain ongi joango. Aitortu beharra daukat, halere, aurreneko egunean harrera bero-beroa egin zigutela niri eta nirekin batera jaurlaritzan lanean hasi ziren gainerakoei, beren arazo guztien konponbide ginelakoan. Baina aspaldi honetan barnea guztiz asaldaturik daukat, hainbat funtzionario moldakaitzen traukilkeriak direla eta. Oro ez da urre egungo instituzio publikoetan; garai batekoekin einolako zerikusirik, argi dago. Hiru hilabete daramatzat paperzulo honetan eta ez dakit noiz arte jasan ahal izango dudan! Hiru hilabete esan dut? Bai zera! Gehiago dira, askoz ere gehiago, baina ezin dut zehatz-mehatz esan noiz hasi nintzen hemen. Dolurik, nago oroimena ez ote dudan pitzatzen hasia, hemengo bizimodu eroaren ondorioz. Gainera, batzuetan barneak esaten dit hauspoa betiko husten ez

zaidan bitartean kondematuta nagoela infernu honetako deabru guztien oldarmendu gaiztoen atabala izatera

Eusko Jaurlaritzako Hizkuntz Politikarako Sailordetzako Itzultzaile Zerbitzu Ofiziala. Joño, hori izen puska!, pentsatu nuen etorri nintzen egun hartan. Ez nintzen ikaratu, ordea, izenaren luzearekin. Izana laburra edo, bestela, xamurra espero nuen. Mahai bat erakutsi zidaten. Hor egongo haiz hi. Toki ederra. Lehenago biltegi izandako gela handia. Luzea eta zabaaaaaala, nire lan atalaren izena bezalakoxea. Zernahitarako lekua sobera... Pozez zorutzen nengoen, zer nahi duzue esatea!

Tokia erakutsi ondoren, pertsona bat seinalatu zidaten atzamarrarekin. Hori Bixen duk. Horrek esango dik zer egin. Horrek emango dizkik aginduak. Harrezkero Bixen nire jefea izan da, bere aginduetara gau eta egun naukana. Jefea! Denak dira jefe hemen. Jefe bat gutako bakoitzeko! Bai, ongi aditu duzue, jefe bana guk! Ez nion itxura txarrik hartu. Inuxentea ni! Ez nekien "arduraduna" eta "arduratsua" hitzak antonimoak izango zirenik gurean.

Administrazioan lan gutxi egiten dela? Niri behinik behin Bixen honek ederki lan eginarazten dit! Goizean goiz hasi eta dinbi-danba, bat ere gupidarik gabe. Ez dago eskubiderik! Eta plantorik eginez gero, ederrak astinaldiak Bixenek ematen dizkidanak. Non ote daude sindikatu eta "sindikalistak"? Bixenen orro eta uluek aldi oro trumoiaren antzera egiten dute burrunba, edozeinen bihotz-arimen suntsigarri. Irekizak leiho hori! Botazak hau zakarrontzira! Hi, benga, bilazak Access-en! Ekarri artxibo hura! Aldatu hori! Agudo! Zer duk, ba, gaur horren geldiro ibiltzeko? Jaramonik egiten ez badidak, jakingo duk nor naizen. Kalera botako haut. Ikusiko duk, ikusiko duanez!

Eta mandatuak? Zenbat kilometro eginarazten didan egunean? Auskalo! Hoa UZEIra! Hi, hau eraman IVAPera! Zer hori nahi diat EUSKALTERMetik! Joan EIZIEren ITZUListera, ehiza egitera! Hi, EURODICAUTOMETik (paradisua omen zen INTERNET izeneko planeta zoragarriko basamortu bat) ekarri behar didak... Eramazak hau argitalpen zerbitzura... Ni mingaina kanpoan, eta leher egiteko gutxi falta. Batzuetan leku arrotz askotara joanarazten nau, baldintza txarretan, edo elementu susmagarriak ekarrarazten dizkit, noiz izter txit guriak, noiz bular puztu eder askoak, noiz... harakinaren mandataria naizelakoan edo.

Hori guztia lan orduz kanpo eginarazten dit, noski, bere jefearen begirada zorrotzetik ihes egitearren. Orain ulertzen dut zer den funtzionarioentzat esku bete lan egotea.

Baina, jakina, frankotan ezinbestekoa gertatzen da: ni gaixotu. Lanez itota ibili ohi denaren noraezeko patua. Bixen malapartatu honek aldian behin arnasa hartzen utziko balit, sikiera! Horrelakoetan sendagilearengana eramane eta beti erantzun bera (badakizue, zer ote den ez dakitenean ez dute burua gehiegi puskatzen): birusa, birusak jota nagoela. Sendabidea ere beti bera izaten da: batetik, txertoa, eta, bestetik, egun batzuk lanik egin gabe. Badirudi buruan sartu zaiela larriki zauriturik dagoenari aspaldiko lelo hau betearazi behar diotela, larriki sarituko badute: "Atsedetik ez, drogarik gabe".

Okerrena, halere, haserretzen denean izaten da. Dedio! ARABA megadenda ostia honek (guretzat lan egiten duen biltegi handi bat) ez dik erantzuten... Nerbioak airean hasten da. Eta konponbiderik ez, eskueran ez, behintzat. Eta maldizio arrosarioa! Hori gutxi balitz, azkenaldian joka ere hasi ez zait ba! Joka, esan nahi baita zartadaka, errua neuk banu bezala. Behin sekulakoak eman zizkidan; eman, esan eta egin. Astebete eman nuen hitzik egin gabe. Nahita. Uste zuen hilda nengoela. Bixen ikararen ikaraz zegoen; ez zekien zer egin ni neure onera etorraraztearren. Bere jefeak "kargu" hartu zion, orain duen terminologo-terminator "kargu" ponpoxetik kenduko zuela. Eskarmentu polita hartu zuen.

Oldozpen ilun sarriak gorabehera, biziminak iraunarazten nau Administrazioa izeneko infernu honetan. Bizimina minbizia baino indartsuagoa dut oraindik. Baina erretiroa hemendik gutxira emango didatela jakitea dut kontsolamendu bakarra. Izan ere, nire espeziekoek batez beste lanean ematen duten denbora kontuan izanik, ziur nago hurrengo belaunaldikoak dagoeneko ate atze-atzean egongo direla, guri lekukoa noiz hartuko zain. Suerte pixka batekin biltegi lasairen batean pasako ditut neure azken egunak, eta agian nire gustuko lagunak ondoan ditudala. Bitartean, segitu beharko dut Bixen anker honen ukabil-dantzak nola edo hala eramaten goizero, beti ere etxera joateko bere ordua ailegatu eta itzaltzen nauen arte.

Ayer nos dimos el último beso
y nos fuimos a casa
-mañana habrá más- me dijiste
y yo me quedé pensando en límites,
en la delgada línea que separa
el sí y el no, en el punto de inflexión
que marca el final de algo.

Anoche nos dimos el último beso
de ayer -mañana habrá más-
y yo pensando en cuándo nos daremos
el último beso
tras el que no habrá más besos.

Anoche, tras el último beso pensé en el adiós,
en el final, en la muerte.
Pensé que nunca se sabe cuál será
el último beso;
si acaso, se recuerda después;
pensé que quizá el último beso
nos lo hemos dado ya.

Estoy en la calle.

Debe ser de las más céntricas porque hay decenas de personas.

Estoy quieto,... de pie.

Gente de todo tipo pasa a mi lado. Por delante por detrás,... me atraviesan.

Tengo frío, tan sólo llevo una camiseta blanca, un pantalón vaquero y unas deportivas blancas. Ninguna marca.

La gente va abrigada, unos con bolsas, otras con el móvil en la oreja o tecleando un número de la memoria, arrastrando niños...

¿Estoy soñando?

Unos llevan gafas, otras el pelo rojo.

A mi derecha ha pasado una señora de color.

Otros llevan traje y corbata. Otro bigote. Otra tacones muy altos. Esa otra está muy morena.

El cielo debe de estar un poco nublado.

Dos personas vienen charlando,... me atraviesan,... siguen charlando.

No sé ni el tiempo que llevo aquí, no me importa.

Más gente.

Hay una cuestión... ¿qué hago aquí?

Más gente.

Decido moverme. Me giro. Hay un escaparate a mi izquierda. Lo observo. Sonrío. Me observo en mi reflejo.

Más gente.

Ya sé qué buscaba. Me buscaba.

(A la encantadora de serpientes)

Vida, de tus miserias aprendo que el cabalgar al trote
deja huellas en el barro.
Otoño de artificio, ni siquiera saboreo la escena de lluvia.
Pegué mi nariz al cristal, pero opaco él, sólo me ofrecía
sombras de cuerpos en quietud.
Vida, jugar al blanco en la ruleta tiene el riesgo del negro.
Y saldrá negro, si de la oscuridad ni siquiera la Luna
sabe resarcirse.
Las luces, que antaño vi en el puerto, se ahogan en
la penumbra de esta noche, que ya por vulgar,
se ha unido a otras tantas...
Las que fueron, existieron, resplandecieron, brillaron
a golpe de retazos de alma.
Ésta, hoy sólo ofrece los resquicios
de un puzzle descompuesto.
Jirones de corazón desmenuzado, triturado por
punzantes dientes de sierra.
Vida, cuchillo afilado que desvirga mis venas.
Sangre que, a borbotones, invade el camino sin retorno.
Vida, vuelves sobre tus pasos
que se arrastraron por polvaredas de silencio.
Vida, olvidas tu nombre
porque nunca te llamaron, nunca te bautizaron...
Has sido vida, esa atroz pesadilla
que por irreal, ni siquiera existe.

*Ellas suenan otra música.**Pedro Salinas*

Saltan al escenario, danzando al compás de los dedos que recorren el teclado del armonioso instrumento, auténticas protagonistas de un espectáculo de variedades.

Exhibiendo sus exuberantes curvas, la morena; su delgadez anoréxica, la otra, de tez más clara; pero ocultando ambas -la grosera y la finolis-, bajo los contoneos de sendos tipos de interés público, y de forma tan llamativa como exótica, sus dramas familiares ante los ojos del ordenanza que las contempla evolucionar en la pantalla con la curiosidad de un acomodador arrellanado en la butaca durante un casting.

Inmigrante africana -egipcia, por más señas, si nos remontamos a sus fuentes: las mismas del Nilo-, la negra fondona; hija bastarda de un caballero inglés y de una institutriz, educada en la moral de los tiempos de las novelas victorianas, la señorita cursi -pero ligeramente encorvada hacia adelante-, consiguieron colocarse como secretarias de redacción en una imprenta -a qué más podían aspirar las pobres en aquel mundo editorial-, y así han seguido manteniendo el tipo a costa de pasar a máquina todo aquello que hasta entonces se había escrito siempre a mano.

Ahora, a merced de un jefe de personal al que le basta mover un solo dedo igual que un prestidigitador -ordeno y mando-, para ponerlas en movimiento -haaalehop- con su juego de manos, descansan acodadas en la barra del oscuro local de trabajo con sus carpetas de documentos, pacientes jovencitas ingenuas -más sensual, una; más sentimental, la otra-, hipnotizadas en una sesión de ilusionismo, a la espera de ser llamadas para un trabajo temporal en una novela colonial o un papelito en una comedia musical, Negrita y Cursiva, hermanadas en la tipografía de letra "Times New Roman" del ordenador personal del escritor.

Estoy leyendo hoy en la oficina un cuento de Mario Benedetti (en mi trabajo de ordenanza puedo concederme muchos y largos tiempos muertos), cuando de improviso escucho cerca, muy cerca, delante de mi mesa:

-Te llama don Jaime. -Reconozco la voz pese a la parquedad del enunciado: sin duda es del secretario, del recadero del jefe.

Yo alzo la mirada del libro, alhelada o prendida aún del argumento, asiento con leve gesto y torno a bajarla en busca del ya inminente desenlace.

-Es urgente. Debes ir ahora mismo -añade. El jefe, que es el responsable de una delegación provincial del Ministerio de Cultura, tiene el diabólico don de interrumpir a menudo mis lecturas en los momentos de paroxismo.

Yo reacciono como de costumbre en estos casos. Desahogo mi irritación presionando los dientes, cerrando el libro de golpe impetuoso, levantándome con estentóreo impulso de la silla, y presentándome de cuatro zancadas en el umbral del despacho neurálgico mientras mascullo, todavía con los dientes presionados:

-Aquí estoy.

-Bien -responde.

Pero lo que dice después me sorprende bastante, porque se trata de una petición que nunca antes ha formado parte de nuestro particular rito laboral:

-Siéntate, por favor.

Obedezco de inmediato sin rechistar, pero también sin disimular mi extrañeza. Y a continuación me narra:

-Ayer por la tarde fui a la lonja con unos representantes de la Cruz Roja. Entre los aparatos en desuso ahí almacenados,

yo fui anotando los que ellos seleccionaban para sus oficinas, una vez que ha sido aprobada esta clase de cesión a las instituciones benéficas. Pero ahora, al comparar esta relación con el inventario original que obra en nuestros archivos, he detectado que faltan un ordenador y una impresora matricial. Como tú también posees una copia de la llave de la lonja, la pregunta que se me ocurre es muy sencilla: ¿has cogido tú ese equipo informático?

-No -respondo ipso facto y así de seca, tajantemente. Aunque, pasados unos segundos, me da el arrebató y las palabras salen por mi boca a borbollones, incontenibles-. Es muy fácil sospechar de mí porque tengo la maldita llave, pero la llave, para su información, está siempre encima de mi mesa, en la bandeja de los bolígrafos, es decir, a la vista y acceso de cualquiera de la oficina, y no sólo eso sino que además el anterior director dejó la suya propia a personas extrañas que pudieron sacar copias, a los encargados de mudar al almacén el viejo mobiliario para poner el nuevo, y al que cambió allí los cristales rotos de varios ventanucos, de quien por cierto recuerdo que al venir a cobrar la factura calificó de "valiosas reliquias" a los cachivaches que vio amontonados dentro, supongo que en referencia a los coleccionistas de antigüedades; quizá él fuese uno de ellos o conocía a quien lo era, pero resulta curioso que poco después, cuando fui a llevar documentación que ya había prescrito, no hallé cierta máquina de escribir de la época de Maricastaña en el sitio donde la había visto por última vez, ahora he olvidado la marca pero era tan arcaica que a cualquiera llamaría la atención aunque no fuese anticuario, y en realidad es todavía muchísimo más fácil sospechar del más débil y sobre todo del peor pagado en la oficina, o sea, de aquél a quien se le puede presuponer más predispuesto al robo, ¿no?, sin embargo deseo que usted me responda si de verdad a mí me cree capaz de jugarme por un par de trastos un puesto fijo de trabajo, con lo peliagudo que es conseguir uno en estos tiempos, y teniendo en cuenta además que, por mísero que sea el sueldo, es el único ingreso del que depen-

demos mi esposa, mi hijo recién nacido y yo, lo único que nos garantiza el cocido diario, e incluso el techo porque el apartamento está hipotecado por los siglos de los siglos, y aparte de esto tampoco tiene sentido que yo haya robado el ordenador y la impresora ahora que sabía que iban a ser regalados a la Cruz Roja, y cuando antes he podido aprovecharme de la confianza que me unía al director jubilado, si quiere puede preguntarle por nuestra amistad... pero yo le aseguro que pude haberle pedido permiso para llevarme del almacén lo que me hubiese dado la gana, sin complicarme como ahora lo haría si realmente hubiese decidido arramblar con alguna condenada antigualla de la lonja de marras, incluso complicándome, ya ve usted, aun sin coger nada de nada...

-Está bien, está bien... -me interrumpe el jefe harto agobiado-. Puede usted retirarse.

Antes de salir de su habitación, lo miro de hito en hito: me parece del todo convencido, o casi del todo, de que yo no he cometido ningún latrocinio de Estado. Y cuando retorno a mi mesa, abro la ventana de par en par porque estoy acalorado por mi encendida defensa y arrebolado, también, por la insufrible vergüenza de haber sido yo el único sospechoso de la oficina. Y es al respirar el fresquito aire mañanero cuando de repente me acuerdo del nombre de aquella vetusta máquina de escribir que desapareció del almacén. "Underwood", sí, se llamaba, aunque más bien suena a la marca de un arma de fuego. Con lo que saqué por su venta en una tienda de objetos de segunda mano, tuve para costearme varios concursos de narraciones, porque la participación en los certámenes literarios obliga a unos gastos en fotocopias, sellos, sobres y a veces encuadernaciones, que yo no siempre puedo permitirme retirar de una nómina tan raquílica y tan sujeta a necesidades básicas. Ay, la narración, la literatura, que es como si fuese mi amante, una segunda mujer que me tiene sorbido el seso (soy su servil ordenanza). Pero así es como a cambio mi subsistencia, inmersa en la apatía burocrática y las penurias, se llena de colorido: se hace llevadera, aguantable. Y a

cambio además, por si fuera poco, he obtenido un accésit y un segundo premio en villas modestas; y lo importante de estos galardones no es el dinerillo, aunque obvia decir me viene de perlas, sino la posibilidad de ser publicado, de saberme leído y esperarme comprendido, pese a que las ediciones exijan compartir páginas con otras obras ajenas, tengan una tirada sólo simbólica, erratas y una precaria encuadernación.

Y me temo que habré de poner ya el punto final, porque esta porquería de ordenador está empezando a hacer cosas rarísimas, probablemente a causa del polvo que ha tragado estos años de encierro en una lonja vergonzosa, con ventanucos rotos incluidos... Al menos intentaré salvar este relato en un disquete. ¡También es pésima suerte que cuando por fin me agencio un medio decente de escritura, tan sólo me dura unas líneas! Ya reza el refrán que Dios castiga sin palo. Por descontado, hubiese preferido adquirir un ordenador por medio de mis propios ahorros, nuevo, moderno, como manda el mismo que castiga sin palo; pero esto con mis ingresos es pedir peras al olmo. En fin...

* * *

Tal como acaba de mostrarse, conté siquiera con la fortuna de no perder el texto picado. Pero, por lo demás, el ordenador y la impresora terminaron en la chatarrería. Y este contratiempo, aun siendo importante, no fue el único. Porque también en mis pobres carnes se está cumpliendo otro de los crueles refranes: a perro flaco, todo son pulgas.

De regreso de la chatarrería debí recurrir de nuevo a esta mecanográfica, que sí es mía, cuya marca también podría pasar por la de una pistola, "Olivetti" se llama, o una metralleta; y de hecho, al teclearla a mi velocidad, su tableteo rima precisamente con el de una ametralladora. De hecho, sobre todo, en mis manos suele ser incomparablemente más ofensiva que cualquier arma de fuego. Así pues, ahora hay que afinar en la redacción de los escritos antes de mecanografiarlos a limpio. Pero como esto

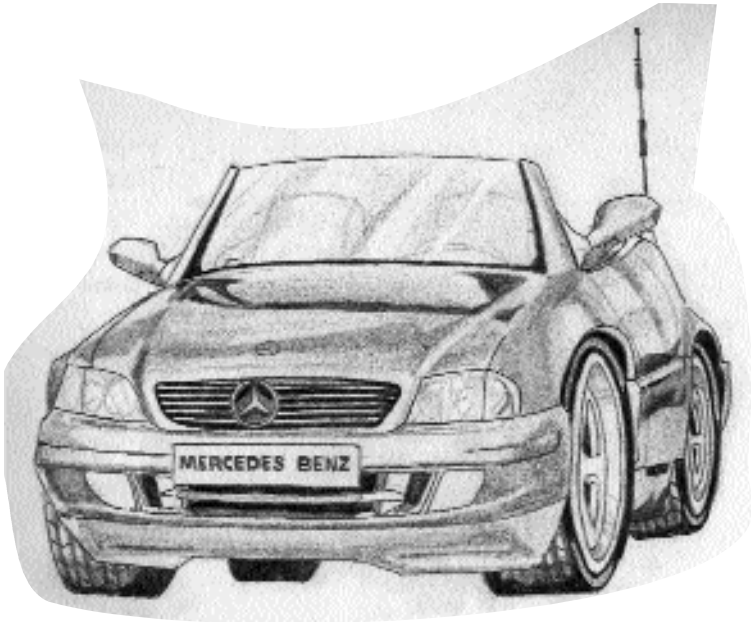
resulta difícil, no queda otro remedio que repetirlos cada vez que surge algo que quitar, algo que añadir, algo que modificar. Sin embargo esta alternativa, aparte de que te deja en el teclado la piel de las yemas y la paciencia, consume tiempo y de tiempo, justamente, ya no dispongo, ni muerto ni vivo. El trabajo que ahora tengo (por fuerza perentoria y, a diferencia del anterior, sin mediar oposición alguna), consistente en lustrar suelos de parqué, es peor que asfixiante: es a destajo, de horario indefinido. El jefe no era tan ingenuo como yo me hacía la ilusión; por algo, claro está, llegó a jefe, aunque lo he visto claro demasiado tarde. Ni tampoco mi esposa Julia se ha mostrado tonta, sino dura como roca, y si por supuesto reconozco que no le falta pizca de razón, podría ser un poquito comprensiva conmigo. Pero cuando el Estado me situó en la calle, Julia me aseguró que no estaba dispuesta a sacrificarse, haciendo de chacha o fregando escaleras, por una estúpida locura mía; sentenció que volviese a buscarme el modo de mantenerlos, a la madre y al bebé. Ahora bien, no me cabe duda de que su dureza sabe dejar al margen, indemne, a su atractivo, que incluso ha madurado tras su flamante embarazo. Hace unos minutos, un hombre que no se ha identificado ha llamado por teléfono preguntando por Julia; y ante mi presencia, Julia ha hablado con él sin poder disimular sentirse violenta y luego, aun no pidiéndola yo, me ha barboteado una explicación sobre el desconocido que no ha logrado convencerme. En absoluto me extrañaría que Julia se esté planteando sustituirme por alguien con holgados recursos y, lo más fundamental, con los pies plantados en tierra, la cabeza perfectamente asentada, sin pájaros, sin aficiones literarias. Aunque lo cierto es que he creído que el teléfono, al timbrar, me reclamaba a mí, para notificarme que uno de mis tres cuentos presentados a concurso ha conquistado el premio que hoy mismamente se falla. Lo he creído, sin embargo, sólo porque la esperanza es lo último que se pierde, no porque tenga motivos fundados para tal optimismo. Desde que me resigné a la actual ocupación, me noto demasiado presionado por ganar la dotación de un certamen que

me proporcione un buen ordenador con impresora láser, el único medio de estirar el mermado tiempo para poder escribir conforme a mi deseo o mi íntima necesidad. De manera que, lógicamente, mis cuentos también me salen presionados, forzados, nada frescos: sin garra, en dos palabras. Pero, eso sí, no me desanimo, no me derrumbo, a pesar de tantos y tantos pesares... En fin, todo sea por ella, por esa mujer que jamás se pinta; que siempre se insinúa para que tú la pintes como tú quieras. Con esos colores con que cada cual, sencillamente, ve la vida.

-¡Juan, cógelo tú! ¡Yo estoy bañando al niño! -Son los gritos inconfundibles de ella (de la otra, mi esposa).

-Voy.

Suena de nuevo. Es el teléfono... Verde, siempre verde.



VIENES ALEJÁNDOTE

Corro con un yugo de pesadumbre
viendo mi lento desplomar.
Mi espera es lenta y quejosa,
nerviosa y violenta
y allá a lo lejos tus carcajadas
(brillo del pánico de mi yo degollado)
me inundan, te inundan, nos ahogan
todas llenas de falsedad.
Vienes alejándote

TIEMPO I

Si he muerto antes de nacer
y mientras vivo muero,
dime, Dios, ¿por qué me sueñas?

Estoy esperando que suceda algo aquí, en Lavapiés. No sabría decirlo con seguridad, pero creo por el hormigueo de mis piernas que bien podría tratarse del Jazz. ¿Que no? Tampoco es tan extraño. Cuántas cosas no habrán nacido en varios sitios a la vez, es más corre por ahí una teoría, la de la inspiración compartida, en la que se apoyan todas mis sospechas, y que sostiene que algunos acontecimientos pueden repetirse una y otra vez, es más tienen que renacer continuamente para mantenerse vivos. Vamos, me juego lo que ustedes quieran a que dentro de un rato, un Jazz rejuvenecido se baja desde la Plaza de Cascorro alborotándolo todo. Y aunque yo sea de los que creen que el Jazz surgió al calor de los prostíbulos gracias a unos africanos hace casi ciento veinte años, en realidad ahora se sabe que el Jazz nació exactamente el 17 de noviembre de 1887 en una pescadería de New Orleans cuando el ayudante de barbero Jazzgo hizo sonar su trompeta. Aquel inmigrante tocó de una forma tan inusual, como rompiendo el ritmo decimonónico que entonces se llevaba, que pronto se reunió a su alrededor una multitud animándole a repetir semejante sonido.

-¡Hazlo otra vez Jazzgo, que así es como se llamaba aquel virtuoso músico, hazlo otra vez!, repetían enloquecidos.

Por eso sigo aquí esperando en Lavapiés, porque ya sé que va a pasar algo. Seguro. Al principio sólo era un presentimiento, pero ahora estoy completamente convencido que de un momento a otro podría aparecer; pongamos por caso una comitiva fúnebre, como las que aún hoy se originan espontáneamente al morir un músico en New Orleans. Y si no díganme entonces qué es aquella turbamulta que baja por Mesón de Paredes. No. Mejor no me lo digan, ya lo adivino yo: un funeral.

No crean que me ha resultado fácil predecirlo, porque a

pesar del olor a rancio que invade sótanos y soportales, a pesar del comején que asedia las vigas riostras de las antiguas corralas, y de las pátinas de un dedo de espesor que cubren petriles y barbacanas, a la muerte lo que de verdad se la pone dura es darse una vuelta por la carretera de La Coruña y no incarle un expediente al chino del Todo a Cien de la esquina. Y no es que no se muera nadie aquí, que se mueren y muy a disgusto que lo hacen, pero si ustedes se tomaran la molestia de echarle un ojo a las calles a cualquier hora del día, comprobarían que la agitación y la vitalidad son de tal calibre que lo que más desentona en Lavapiés son los empleados de la funeraria, y más con esos ternos grises tan sombríos y desgastados que apenas dejan ocultar, para mayor pesadumbre de las dolientes familias, un pin con el escudo del Real Madrid. Por eso, el barman del Mosquito's Bar que conoce de sobra mi sexto sentido, ha sentenciado que aquello, aunque desacostumbrado, no podía ser otra cosa que un funeral. Y eso es lo que era: un extravagante funeral, inacabable y sinuoso como una serpiente multicolor.

Abriendo la comitiva desfila un grupo de afroamericanos que tocan el ya inmortal High Society (tema que viene pintiparado para la ocasión) y al que dio vida una noche de julio Louis Armstrong junto a los All Stars en el Symphony Hall de Chicago. Pero estos de ahora no son los All Stars, en realidad a esta docena de indocumentados no los conoce nadie en el circuito profesional, en cambio la Shockproof Tree's Quartet, que así es como se hacen llamar, es todo un acontecimiento tres calles más arriba. Sin ir más lejos, la señora Paca de Sombreroete 6, afirma que los Chucrut Tres Cuartos (como ya se los conoce en la corrala de la calle Amparo) han creado un estilo propio, algo intermedio entre el maestro Barbieri y Benny Goodman: el auténtico sonido Chucrut. Inmediatamente detrás pueden apreciarse los turbantes azules de los paquistaníes (sobresalientes y majestuosos) que suponen un contrapunto al libertino pasacalle de los americanos. No obstante las fascinantes notas de éstos últimos, con todo su ritmo y su alborozo han ido a posarse sobre los tranquilos com-

pases de la Sinfonía Bengalí, la cual es magistralmente ejecutada por el virtuoso Raga Marva, músico por lo demás conmovedor y místico, y cuyas contemplativas cualidades no están reñidas con la buena mesa, aunque a veces, la desafortada puesta en escena de un plato típico como la "pava borracha" lo haya espantado en mitad de una cena.

Después le llega el turno a los somalíes a cuya cabeza desfila el balofonista Amadeo Koité, hermano del difunto. Koité el balofonista y Prudencio el pescadero desaparecieron el martes por la mañana cuando ambos ensayaban un duetto de percusiones endemoniadas. Dicen que el somalí picaba un solo de balofón bajo la marquesina de la pescadería y que Prudencio le seguía al compás mientras limpiaba de espinas una palometa. Después llegó la tragedia. Un socavón, negro como el mismísimo infierno, se los tragó al paso de la tuneladora del Metro. La Chata dicen que ha sido. La puta de la Chata que a ver porqué no se come a un político por los pies y deja que nos reinventemos nosotros el barrio, el Jazz y las gambas a la gabardina si hace falta -gritan exaltados los amigos del Prudencio. ¡Que no hay derecho, hombre! ¡Que no hay derecho! -añaden. Y finalmente, cerrando la comitiva viene un batiburrillo de etnias y culturas de toda índole. Los magrebíes que han logrado incorporar al duelo el olor de los dátiles y la Rumba argelina; los peruanos que montados sobre una quena arropan la cálida voz de un saxo tenor sin papeles; los ecuatorianos que aunque no tocan nada van repartiendo arepas, y cerrando el fúnebre cortejo vienen media docena de saharauis enarbolando una vieja bandera del Polisario. Y así todos los vecinos juntos, que desde Torrecilla del Leal pasando por Abades y Sombrerete hasta Espino y Provisiones han reinventado las comitivas fúnebres-festivas, el verdadero sonido Chucrut y esa expresión tan nuestra y que tan poco gusta a los políticos locales: "Hay que joderse con la puta de la Chata".

Madrid, 19 de agosto de 2001

DEL LIBRO "LAVAPIÉS", ED. ÓPERA PRIMA.

Nací en la Rioja una húmeda mañana del Cretácico. Al principio me sentí contenta: había conseguido salir del cascarón sin romperme una sola uña, y un rápido vistazo a mis escamas, cola y patas, me indicó que era una lagartija linda y vivaracha, muy prometedora. Satisfecha pues tras esa primera impresión de mí misma, decidí inspeccionar el nido para averiguar si era hija única o si por el contrario mis padres habían traído al mundo algún compañero de juegos para mí. Y fue en aquel momento, recién inaugurada en la tarea de vivir, cuando sufrí el primer trauma de mi infancia: tenía hermanos, efectivamente, pero ellos no eran lagartijas como yo, sino... dinosaurios.

Puestos a buscar culpables, pensé primeramente en Darwin y en sus dichosas teorías sobre la evolución de las especies, pero ya que faltaban aún varios millones de años para que él naciera, tiré de lo que tenía más a mano, es decir, mi madre. Busqué sus atractivos ojos desprovistos de párpados esperando algún tipo de aclaración, pero ella no sólo no me la dio, sino que, confundiéndome con una hoja seca, lanzó un soplido que me levantó por los aires y me sacó fuera del nido. Era una oranosaurus muy limpia, mi madre, y muy preocupada por el bienestar de sus oranosauritos. Si esa misma Evolución que ya se había reído de mí una vez me hubiese dotado con unos gramos más de masa encefálica, supongo que recordaría con cariño aquella entrañable figura materna acicalando el nido, pero lamentablemente no contaba con neuronas disponibles para eso, pues bastante tenía con ocuparme de apañármelas sola a partir de entonces.

Como ya nada me retenía en el hogar, decidí recorrer mundo y convertirme en una lagartija hecha y derecha partiendo desde lo más bajo, es decir, desde los dos centímetros y medio

de altura que levantaba del suelo si estiraba mi cuello al máximo. Pronto se hicieron patentes las limitaciones a las que me supeditaba mi exigua estatura, pues de las cuatro funciones básicas que tradicionalmente se les han venido atribuyendo a los seres vivos (nacer, crecer, reproducirse y morir), sólo había conseguido hacer bien la primera, y aún así muchas veces sentía que me había quedado a medias, de tan pequeña. Crecer, lo que se dice crecer, no crecía ni a la de tres, por mucho que me comprende lo que quiero decir, y en cuanto a la reproducción... bueno, qué les voy a contar. La triste verdad era que no me comía una rosca, y no por falta de atractivos -que para lagartijas bien pintadas, ahí estaba yo- sino por falta de una lupa de máximo aumento que enarbolar sobre mi agraciado rostro verde, al igual que otros enarbolan un sombrero, o un par de cuernos (por poner dos ejemplos de la familia real británica, que sin duda resultará más cercana a sus intereses que un platisaurio o un triceratops).

El caso era que los reptiles macho posaban invariablemente su mirada sobre las lagartonas más grandes que podían encontrar (y conste que lo digo como un cumplido, pues no me negarán que a toda una estegosaurio, con sus dos mil kilos de peso, se le puede llamar "lagartona"), en vez de fijarse en mis coquetos ademanes de lagartija refinada.

De esta guisa iban pasando los días y los años, y yo me sentía cada vez más abatida a causa de mi corta estatura, pues el hecho de ser bajita se puede llevar mejor o peor, estoy de acuerdo; pero el que todo el mundo alrededor de una sea no sólo alto, sino gigantesco... eso ya es recochineo. Así que empecé a sumirme en una depresión honda y oscura como el buche de un diplodocus, y no sé qué habría sido de mí si no llego a escuchar un día por casualidad la conversación que mantenían dos pterodáctilos en lo alto de un cicadofito, mientras yo tomaba el sol a su lado sin que ellos reparasen -qué novedad- en mi diminuta presencia. En dicha conversación, el pterodáctilo de más edad describía para su interlocutor los extraños escenarios

que había sobrevolado durante uno de sus viajes hacia el norte, allí donde las temperaturas eran más bajas (aunque todavía faltaban muchos siglos para la primera glaciación), y algunos seres vivos habían empezado a hacer cosas aberrantes con el fin de adaptarse al clima, como encoger su tamaño o volverse de sangre caliente. Aquellas palabras, que estremecieron al inepto pterodáctilo, en mis oídos sonaron cual música celestial, y sin pensármelo dos veces emprendí la marcha hacia lo desconocido.

Caminé durante mucho tiempo, no sé si meses o años. A mi alrededor veía cómo la vegetación iba cambiando, y cómo los dinosaurios parecían algo más pequeños que sus parientes del sur, efectivamente, pero aún así seguían siendo colosos comparados conmigo. Poco a poco me fui dando cuenta de que haría falta algo más grave que un enfriamiento del aire, tal vez (por decir algo) un meteorito estrellándose a mil kilómetros por hora contra la Tierra, para que su tamaño disminuyese drásticamente, y en mi interior sentía que resultaba inútil continuar la búsqueda de alguien como yo.

Finalmente, dejé de andar. Había llegado a una región llena de lagos (mucho tiempo después alguien la llamó Escocia), y decidí que mi viaje terminaba ahí. Terminaba en todos los sentidos, pues por el camino le había dado muchas vueltas a la idea del suicidio, y aquellos lagos tan tentadores me parecieron la solución definitiva a mis problemas. De entre todos, escogí uno que me pareció digno continente de mis restos mortales y me zambullí en sus aguas, esperando que ellas se encargasen de lo demás. Pero no había contado con dos cosas: a) que era la primera lagartija de la Historia que cometía un suicidio, y por tanto no tenía la suficiente experiencia para llevarlo felizmente a término y b) que los genes de mis antepasados habían estado hasta entonces esperando su oportunidad para recordarme que en algún momento del Devónico yo también fui un pez. Efectivamente, todos los reptiles (y eso me incluía tanto a mí como a mis primos de Zumosol) descendíamos de aquellos peces primitivos que un día decidieron salir del agua para aven-

turarse en tierra firme, y por tanto, cuando servidora quiso practicar la operación inversa, se dio de bruces con una inoportuna contrariedad: podía respirar sin ningún tipo de problema, y no había forma de que me ahogase en el líquido elemento. En un primer instante me fastidió sobremanera no poder llevar a cabo mis planes de suicidio, pero luego me di cuenta de que no se estaba tan mal en aquel lago. De hecho, me gustó tanto que permanecí bajo el agua varios miles de años, sin hacer otra cosa que ingerir el delicioso limo de los fondos y dormir a pierna suelta.

Los días pasaban sin apenas sentirse en la apacible quietud subacuática, y cuando volví a asomar la cabeza fuera del lago -que los actuales pobladores de la Tierra conocían ahora por el nombre de Loch Ness- me di cuenta de que ya estábamos en la era Cuaternaria. Junto a la orilla divisé una extraña criatura que parecía estar pescando mientras fumaba tranquilamente en pipa, y me acerqué a ella con la intención de entablar conversación para ver si lograba ponerme al día de las novedades acaecidas en los últimos millones de años. Sin embargo, en cuanto me vio aproximarme, el mamífero echó a correr, dejando al aire las vergüenzas que asomaban bajo su kilt. Extrañada por su reacción (¿tanto terror podía inspirar una simple lagartija?), miré mi reflejo en la superficie del lago, y esta vez la que se asustó fui yo: el nutritivo fango del fondo y la falta de ejercicio durante tantos milenios me habían hecho engordar que era una barbaridad, hasta convertirme en una lagarta del tamaño de un plesiosaurio. Ya sé que eso era lo que yo siempre había querido, pero fueron dos días, no más, los que duró la alegría de sentirme grande y temible. Después los humanos comenzaron a sacarme fotos, a dragar el lago intentando atraparme y, en definitiva, a tocarme mucho las narices. Lo único que yo pretendía una vez más era disfrutar de la compañía de mis semejantes, encontrar alguna garra amiga que me palmease el hombro cuando le confesara que el temido monstruo del lago Ness no era sino una lagartija con sobrepeso, pero la historia se repetía: ahora que ya había conseguido alcanzar el tamaño largamente soñado, me encon-

traba nuevamente con que nadie estaba a mi altura. Esta vez no me deprimí, sin embargo (entre otras cosas porque ya había sido inventado el Prozac, del que guardo ingentes reservas bajo el agua), y en lugar de eso decidí pasar a la acción. Hace varias décadas que me impuse una estricta dieta y me retiré a mi gruta del fondo del lago, donde ningún científico petardo podrá venir a darme la lata. A veces resulta difícil engañar al hambre, pero aquí abajo cualquier entretenimiento es bueno, y el que me ocupa ahora, escribir mi historia, ha conseguido que deje de pensar en los pasteles de algas y en las tortitas de fango durante algún tiempo. He perdido ya casi ochocientos kilos y mi régimen va viento en popa, pero también apelo a su colaboración: háganme el favor de estarse quietecitos en su talla durante varios miles de años, no vaya a ser que cuando emerja me encuentre otra vez en las mismas y tenga que volver a empezar. ¿No ven que con tanto cambio de peso me están saliendo unas estrías horribles que acabarán por dar conmigo en la primera clínica de cirugía estética que haya en los alrededores?. Sean buenos y no me hagan esa faena, porque díganme ustedes si es una gran mejora pasar de ser una lagarta liliputiense a otra hipotecada hasta la punta de la cola...



El monólogo de mi vida sería una absurda conversación entre mi *Corazón* y mi *Razón*. El *Corazón* diría:

“Bésala, acaríciala, riéte de la Luna. Más vale una pregunta en mano que cien respuestas volando”.

Entonces, la *Razón*, sentada en un amplio sillón de orejas, se liaría un cigarrillo y tranquila diría:

“Deja volar las palomas que los pájaros pasan y la noche es larga. Cuando su manto te cubra ya lo sabrás”.

La locura transitoria de tus emociones, que no son ni más ni menos que las mías, a veces nos llevan al borde del abismo, con los brazos abiertos como pájaros, y la cara al viento. Pero, ¿quién está más loco de los dos? Mi *Corazón* que sufre, o mi *Razón*, que aguarda. En el felpudo de mi alma limpio mis zapatos mojados. Dejo allí mi lastre. Y entro en la casa de mis sueños, descalzo, para descubrir la vida en ella. Sobre todo para saber quién soy. Como un condón que se rompe y deja pasar el espermatozoides a los dos la gran putada de nuestras vidas. Así entran en mi humilde morada, sin yo quererlo, la ausencia de mí mismo, la prisa, la no-calma. Para secuestrarme llevándome de nuevo al borde del abismo. Con los brazos abiertos como pájaros, la cara al viento.

DE NADA ME SIRVEN LOS RECUERDOS, sobre todo aquellos que me secuestran y me alejan de lo inmediato hasta sumirme en un sueño de rencores, olvidos, tristeza o más bien dolor por no haber hecho. Pero, ¿y si hubiera hecho? Veis, ya estoy de nuevo en esta jaula, sin poder mirar las cosas tal y como ciertamente son.

RECONOZCO QUE ME PIERDO EN CASI TODAS LAS VEREDAS, y que cuando por fin encuentro el ancho camino, y soy capaz de matar todos los pájaros de mi cabeza, convirtiéndo-

dolos en inocentes estrellas con las que poder guiarme desde los bosques, es entonces cuando muero. Y vuelvo a las caricias perdidas de tus manos. Pero ahora, al borde de todas las veredas, recupero mis manos que fueron las tuyas, y saco un papel, y con estas, nuestras manos, lío un cigarrillo y su aroma me hace recuperar también mi presente, y me aleja de las horas perdidas y de las falsas comedias. Y así, desde el sinsentido vuelvo a la vida cotidiana, a la farsa más grande de todas, pero donde comprendo, ahora sí, que las lágrimas son eternas.

Pero, ¿cuántas veces puede morir una persona? Son ya tantas las ocasiones en que creyéndome muerto he resucitado de mis cenizas para ver de nuevo el mundo, con otros ojos, con el motor recién engrasado. De verdad, ¿alguien sabe cuántas veces puede nacer una persona? Vivir y morir es prácticamente lo mismo. Reencarnaciones sucesivas de uno mismo. Aunque inevitablemente algo queda para los muertos en cada una de ellas, algo intangible aunque visible a simple vista. Sólo hay que saber mirar. Reconocer al muerto en los ojos de la gente, y por supuesto, abrazar al vivo, preguntarle, interrogarle si es preciso, amar cada gesto y callar. Callar para que la vida continúe. No entorpecer con discursos las miradas, y si es necesario, y sólo como última instancia, no pensar. Descansar cada músculo de la piel. Matar el ruido ensordecedor de esa máquina que son los pensamientos. Hacerlo de un golpe seco, con un instante de Luna.

Así me encuentro de nuevo con la realidad. Dejo caer la venda de los ojos y la noche entra. Sola y de negro. Y también la calma. Y con ella mi propia voz, mi lastre que es mi esencia. Cuando no huyo de haber sufrido.

A mi amigo Rafa: esta crítica es la destrucción de todo lo bueno. Un abrazo. Jorge. (18-12-01)

Un bar, "El sol de Eguskiza" pintado de rojo, blanco y verde. Decían algunos vecinos que ese local parecía que no cerraba nunca.

Gracia, era la dueña. Desde la adolescencia se había dedicado a vagabundear entre cuchitriles de mala muerte. Se casó muy joven y tuvo una hija cuando apenas contaba diecisiete años. Ahora se había convertido en una persona mentirosa y mal educada que regentaba un bar totalmente sin principios humanos.

Recuerdo cierta ocasión, hará cuatro años, recién abierto "El sol de Eguskiza", la hija de la dueña, y su novio, cuando ya estaba el local cerrado se quedaron dentro de él y entonces tuvieron una fuerte discusión.

-¡Tú eres un hijo de puta!

-¡De esta te vas a enterar, no te voy ha hablar más, ah, y tú si que eres una puta!

-¡A ver si tienes huevos de decírselo a mi madre!- en ese instante el chico la empujó con tan mala suerte que ella fue a la pared donde había un Txori luminoso que estaba colgado en aquel lugar. El objeto quedó roto en el suelo.

A la mañana siguiente ese acontecimiento era la comidilla del día, sobre todo para las abuelas. Gracia nunca supo lo que pasó esa noche, y con el tiempo se olvidó todo el mundo del suceso.

El barrio Tintero estaba localizado en la zona más podrida de la ciudad, en sus calles era muy fácil encontrarte con alguna que otra rata saliendo de las alcantarillas, los niños que habían crecido entre esas casas al llegar a la adolescencia se convertían

la inmensa mayoría en navajeros.

Allí, en la calle "Antonio Pérez Peciña" a las afueras de dicho barrio "El sol de Eguskiza" tenía sus cimientos, era una lonja descuidada y muy pequeña. Cada fin de semana se llenaba de jóvenes que buscaban una gran dosis de desenfreno para el cuerpo, dicha actividad provocaba el enfado monumental de muchas personas que vivían por los alrededores.

Se aproximaba Septiembre y era domingo. Gracia y unos cuantos amigos estaban pelando melocotones en la terraza de "El sol de Eguskiza". El bar llevaba abierto más de cinco años y se había hecho con un nombre en el barrio Tintero. Era muy visitado los fines de semana a partir de la medianoche sobre todo por los adolescentes, pero también había recibido un sinfín de denuncias del vecindario por tener la música muy alta de madrugada todos los días.

-¡Gracia ponme un vinito! - exclamó el bilbaíno - ¡ah, y también traerme el delantal que voy a bailar con él!

La dueña de "El sol de Eguskiza" obedeció a su amigo y fue a por un delantal y un vaso de vino. Después de darle el vinito y el delantal al bilbaíno, éste se levanto de su taburete poniéndose malamente el delantal y a continuación mirando hacia arriba vociferó - ¡Don Eleuterio, abre tu ventana! - no se abrió ninguna ventana - ¡eres un maricón!- gritó desagradablemente.

-¡mira lo que hago con tu multa, limpiarme el culo!.

Los presentes empezaron a mofarse.

-¡Don Eleuterio tú no eres un hombre, eres una vaca!

-¡Mañana mataremos a toda tu familia!

-¡A Don Eleuterio le faltan los cojones! - cantaron.

Gracia se rió, sólo se rió, luego gritó con su tono ronco.

-¡Don Eleuterio éste es el regalo que te hacemos, asómate a la ventana de una vez!

-¡A don Eleuterio le faltan los cojones y es una nena con coletas ja, ja, ja!

Mientras ocurría todo esto Gracia seguía pelando melocotones. El bilbaíno se había pintado los mofletes de rojo; estaba

borracho y ni siquiera se mantenía en equilibrio.

Enfrente de "El sol de Eguskiza" había un palacio del siglo catorce llamado "hogar de los Calleja" esta casa señorial pertenecía en tiempos del renacimiento a una familia adinerada cuyo apellido era Calleja. Estos eran dueños y señores de gran parte de la ciudad porque tenían a su servicio a aquellos ciudadanos que habitaban sus dominios.

Este palacio en el último cuarto de siglo se había convertido en un lujoso museo sobre la familia de los dueños. "El museo de las boinas" (así se denominaba por tener tres de estos accesorios en el escudo de la entrada) constaba de cinco plantas donde se mostraba retratos de algunos Calleja firmados por pintores muy conocidos y catalogados de obras maestras de las artes pictóricas y objetos de sus años dorados: libros, cubiertos de plata pura y ropas que pertenecieron a esta noble familia.

Sobre las ocho de la tarde Gracia seguía pelando melocotones en la terraza de "El sol de Eguskiza".

-Ja, ja, ja - balbuceó la dueña del bar - ¡ahora voy a jugar, siempre he odiado a ese museo! - chilló - ¡maldita sea la estampa de los Calleja!

-Tiraré vino Don Simón caducado - gritaron todos.

-No, no -exclamó Gracia- siempre he odiado al museo de las boinas.

En ese preciso momento partió un cacho de melocotón y lo arrojó al museo, marchando un trozo de historia de la ciudad.

El melocotón se deslizó entre las carcajadas burlonas de los presentes hasta caer al suelo.



Continuando en la línea informativa que comenzamos en el número uno de nuestra revista, y siempre con ánimo de ayudar y apoyar a cuant@s dedican parte de su tiempo al arte de la escritura, haremos hincapié en algunas de las herramientas elementales que cualquier escritor debiera conocer:

Existe una editorial que atiende por “*Ediciones y talleres de escritura creativa Fuentetaja*”, cuya dirección es:

*C/Marqués de Leganés nº7, 1º centro.
28004 Madrid. Tfno. y fax: (91) 5311509.*

Dicha editorial se dedica, entre otros menesteres, a la publicación de libros de ayuda al escritor, aficionado o profesional, algunos de los cuales pasamos a comentar en nuestro espacio de “*alternativas literarias*”, con el objetivo de abrir los horizontes a quienes pretendan dar movilidad a sus textos escritos, o bien barajen la posibilidad de publicar, en un futuro más o menos inmediato.

Un libro interesante de la colección que la editorial comercializa actualmente, sería la “*Guía del escritor aficionado y profesional*”, volumen compuesto por doscientas noventa y ocho páginas que incluyen los apartados de direcciones, teléfonos, contactos, etc., de todas las editoriales a nivel nacional, así como apartados para las independientes, revistas culturales, guiones cinematográficos, televisiones, productoras, documentación, consejos y bibliografía, fundaciones e internet. Con dicha guía en vuestras manos -se supone- obtendríais una adecuada orientación sobre el acceso al mundo editorial, los derechos de autor, la legislación al respecto, etc., además de un completo listado de editoriales, asociaciones culturales, revistas literarias donde publicar, ayudas y becas, agencias, etc. Os la recomendamos.

Otro libro de la susodicha colección, atendería por *“Guía de premios y concursos literarios en España”*: trescientas sesenta y nueve páginas que integran las bases y fechas de la gran mayoría de concursos literarios que se celebran a nivel nacional, en los apartados de cómic y humor, ensayo, guiones de radio y t.v., investigación, literatura infantil y juvenil, narrativa, novela, periodismo, poesía, relato y cuento, teatro, traducción, jóvenes, Iberoamérica... Con ella en tus manos dispondrás de las fechas y las direcciones, los promotores y sus intenciones, la totalidad de los certámenes ordenados, así como las cuantías de los premios, para que cada mes puedas enviar tus creaciones, permitiéndote la guía efectura la búsqueda por categorías, fechas, etc. Muy recomendable.

Una tercera entrega sería la *“Guía práctica para el uso del ordenador en la creación literaria”*: trescientas dos páginas en las que, sobre todo, podremos ahondar en más de cuatrocientas direcciones literarias de la red Internet, algunas de ellas obsoletas, todo hay que decirlo. Además, se incluyen comentarios sobre editores de texto, trucos para sacar partido de tu ordenador personal en la creación literaria, y algunas cosas por el estilo. Interesante.

La cuarta publicación atendería por *“¿Escribes o trabajas?:* doscientas doce páginas que documentan todas aquellas actividades relacionadas de alguna manera con el arte de escribir, no ya sólo en la creación literaria, sino en todos y cada uno de los puestos de trabajo y ocupaciones relacionadas al respecto. Como ejemplos de algunos de ellos, tendrían cabida en esta guía labores de *“corrector de estilo”, “asistente editorial”, “redactor de teletexto”,* etc., hasta un total de cien, en cada uno de los cuales se nos describen las características, perspectivas de futuro e ingresos, así como habilidades y requisitos del puesto.

Si de alguna manera os dedicárais a esto de escribir, tened en cuenta las oportunidades que estas publicaciones pueden ofreceros, pues estoy seguro de que bastantes de ellas

os serían de gran ayuda en vuestra búsqueda literaria.

Qué duda cabe que el propósito de publicar libros está, ha estado, o estará, en la mente de aquell@s que escribís con regularidad. No hace falta ser muy listo para darse cuenta de que la mayoría de las novelas que circulan por el mercado, no tienen mucho de diferente a las de otra mucha gente que escribe, pero que nunca llegará a publicar. Pues bien, sin pedantería alguna os diré que si se os ha ocurrido alguna vez que esas novelas, esos libros, no tienen nada que envidiar a los vuestros, os diré que a lo mejor estáis en lo cierto. Sólo que para publicar es necesario, hoy en día, además de mucha suerte, un buen curriculum que os avale. Será necesario haber sido premiado en certámenes literarios, haber publicado en revistas literarias -cuantas más mejor-, haber publicado libros junto con otros autores por medio de concursos literarios, etc., etc.

Las editoriales suelen fijarse mucho en esto del currículum. Atienden a la producción literaria, puesto que su apuesta es para un autor, no para un único libro del autor, lo que nos obliga a la necesidad de una continuidad literaria, un ritmo en nuestra producción, una extensión de la misma.

No se recomienda la autoedición reducida exclusivamente al hecho en sí, puesto que una autoedición sin currículum es como nacer muerto. Muchos autores se autoeditan, se ven forzados a ello por la dificultad de publicar con editoriales que se interesen realmente por sus trabajos, aunque hay que añadir que esta opción resultaría interesante sólo si viene acompañada por otras publicaciones anteriores así como demás intereses al respecto. En definitiva, un camino labrado que pueda despertar la atención del editor.

“LA BOTICA”, revista literaria, enero 2002.

LA BOTICA



Arabako
Foru Aldundia
Kultura Sala



Diputación
Foral de Alava
Departamento de Cultura